

1. EL TELÉGRAFO Y LA ORQUESTA

La palabra comunicación es un término irritante, un inveterosímil trastero donde se encuentran trenes y autobuses, telégrafos y cadenas de televisión, pequeños grupos de encuentro, recipientes, esclusas y, naturalmente, una colonia de mapaches, puesto que los animales se comunican, como todo el mundo sabe gracias a Lorenz, Tinbergen y von Frisch. Pero, por la misma razón, es un término fascinante. Investigadores y pensadores no cesan de criticarlo, rechazarlo, desmenuzarlo, pero el término siempre vuelve a salir a la superficie, virgen y puro. Comunicarse es algo que está bien, y así, la última de sus vicisitudes, el término está siendo trasvasado del campo de las relaciones humanas al de las relaciones públicas, con el resultado de que las agencias de publicidad se transforman en empresas de comunicación. En una esfera que quizá no esté muy alejada de ese ámbito, el Ministerio francés de Cultura completa su designación con las palabras «y de la Comunicación». El mismo fenómeno se percibe al otro lado del Atlántico: tal imperio hollywoodense se transforma en *Warner Communications, Inc.*, y la Voz de América forma parte de la *International Communication Agency*.

Para poner un poco de orden en este fárrago semántico y llegar de un modo ponderado a «nuestra» comunicación, quisiera seguir muy brevemente el recorrido de ese camaleón en las lenguas francesa e inglesa.

«Comunicar» y «comunicación» aparecen en la lengua francesa en la segunda mitad del siglo XIV. El sentido básico, «participar en», está aún muy próximo al latín «communicare» (participar en común, poner en relación). Esta «participación en común» parece comprender incluso la unión de los cuerpos, como lo testimonia este pasaje citado por Godefroy [123, p. 199]:

Quant mon mary n'a sceu de moy
Avoir lignee, j'ay bien voulu,
Affin que ne luy fut tollu
Le droit de engendrer, qu'il allast
A toy et te *communicast*,
Te faisant quasi ma compaigne.¹

Hasta el siglo XVI, «comunicar» y «comunicación» están, pues, muy próximos a «comulgar» y «comunión», términos más antiguos (siglos X-XII) pero procedentes también de *comunicare*. A estos términos puede asimilarse también el sustantivo francés *communier*, en el sentido de «propietario en común». Aunque explicado e ilustrado por Littré, este último término no lo recogen ya los grandes diccionarios. A partir de este sentido general de «participación de dos o varios», en el siglo XVI aparece el sentido de «practicar» una noticia. Desde entonces hasta fines del siglo, «comunicar» comienza a significar también «transmitir» (una enfermedad, por ejemplo). Un siglo más tarde, el diccionario de Furetière (1690) ofrece el ejemplo: «el imán comunica su virtud al hierro». En el siglo XVIII aparecen así los «tubos comunicantes». Así pues, parece que los usos que significan globalmente «participar», «compartir», pasan progresivamente a un segundo plano para ceder el primer lugar a los usos centrados alrededor de «transmitir». Del círculo se pasa al segmento. Trenes, teléfonos, periódicos, radio y televisión se convierten sucesivamente en

1. Cuando mi esposo ya no deseó / tener descendencia de mí, tuve a bien / a fin de que no se le negara / el derecho a engendrar, que fuese / a ti y te *comunicara* / haciéndote casi mi compañera.

«medios de comunicación», es decir, medios para pasar de A a B. Este sentido de *transmisión* es el que predomina en todas las acepciones francesas contemporáneas.

La evolución general del término inglés es parecida a la de su homólogo francés.¹ Cuando en el siglo XV la palabra aparece en la lengua inglesa, la raíz latina *communis* todavía impregna fuertemente el sentido. El término es casi sinónimo de *communion* y significa el acto de compartir, de participar en común. A fines del siglo XV, «communication» se convierte también en el *objeto* del que se participa en común, y dos siglos más tarde, en el *medio* para proceder a esa participación. Sin duda en el curso del siglo XVIII, con el desarrollo de los medios de transporte, es cuando el término se pluraliza y se convierte en el término general abstracto para denominar a carreteras, canales y, más tarde, ferrocarriles. En el primer tercio del siglo XIX, en Estados Unidos, y hacia 1950 en Gran Bretaña, el término comienza a designar a las industrias de la prensa, el cine, la radio y la televisión.

Esta última acepción comienza a extenderse actualmente en los países europeos, sobre todo en el vocabulario tecnocrático y periodístico², pero todavía no se ha incorporado, por ejemplo, a los grandes diccionarios de la lengua francesa. En cambio, el suplemento de 1970 del Grand Robert añade una nueva definición a las cuatro ya establecidas. Después de «1. Acción de comunicar algo a alguien», «2. La cosa que se comunica», «3. Acción de comunicarse con alguien» y «4. Paso de un lugar a otro», Robert añade: «5. C. Toda relación dinámica que interviene en un funcionamiento. Teoría de las comunicaciones y de la regulación. V. Cibernética. Información y comunicación.»

Se trata de un punto esencial para nosotros. Por primera vez en la historia semántica del término, una nueva acepción parece estar en ruptura total con el pasado. Aquí comienza efectivamente nuestro análisis: «comunicación» entra en el

1. Cf. Raymond Williams, *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society* [337].

2. Por ejemplo: «Pasemos a la comunicación. ¿Por qué haber vinculado financieramente Europe 1 a Matra?» (*l'Express*, 26 julio 1980).

vocabulario científico. En ello han tenido una participación esencial dos obras publicadas en Estados Unidos.

En 1948, el científico norteamericano Norbert Wiener publica *Cybernetics* [335]. Un año después, uno de sus antiguos alumnos, Claude Shannon, da a la luz *The Mathematical Theory of Communication* [297].

Durante la segunda guerra mundial, Wiener tuvo que estudiar el problema de la conducta de tiro de los cañones antiaéreos (DCA). Como el avión vuela a una velocidad muy grande, es preciso predecir su posición futura a partir de sus posiciones anteriores. Si el cañón está informado de la separación entre la trayectoria real y la ideal de sus obuses, puede cercar progresivamente al avión hasta abatirlo. En este problema, Wiener reconocía el principio conocido y utilizado desde hacía largo tiempo: el *feedback* o retroacción, y dio a este principio un alcance universal al hacer de él la clave de bóveda de la cibernetica, o ciencia del «pilotaje» (la palabra griega *kybernetes* significa «piloto» o «timón»). Wiener vio en el cañón que trata de alcanzar al avión el brazo que lleva un vaso de agua a la boca o una máquina de vapor que mantiene un régimen constante, un mismo proceso circular en el que las informaciones sobre la acción en curso nutren a su vez (*feedback*) al sistema, permitiéndole alcanzar su objetivo.¹ Así este

1. Entre las decenas de libros de vulgarización que evocan a Wiener y la cibernetica, es preciso citar el de Joël de Rosnay *Le Macroscopé* [265] cuya claridad es notable. Numerosos pequeños esquemas facilitan la comprensión del texto. Por ejemplo, he aquí el de la retroacción:

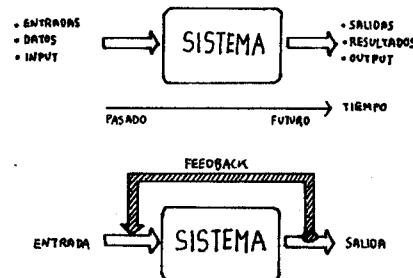


Fig. 1 — Esquema de la retroacción (Joël de Rosnay [265, p. 99]).

científico pensó en una ciencia que estudiara el «control y la comunicación en el animal y la máquina» (subtítulo de su obra fundadora de 1948).

El proyecto de la cibernetica es más una forma de reflexionar que una teoría articulada y detallada. A partir de la idea de la retroacción, la explicación lineal tradicional queda un poco anticuada. Todo «efecto» retroactúa sobre su causa, todo proceso debe estar concebido según un esquema circular. La idea es simple, pero sus implicaciones son importantes, sobre todo cuando se introduce la noción de *sistema* en el análisis.

Paralelamente al trabajo de Wiener y sus colegas, un grupo de investigación animado por el biólogo austrocanadiense Ludwig von Bertalanffy intenta construir una «teoría general de los sistemas» [30]. Partiendo de la observación de que son muy numerosas las disciplinas que se reflejan como sistemas de elementos más que como los elementos aislados (sistema solar, sistema social, sistema ecológico, etc.), estos investigadores se proponen «investigar los principios que se emplean para los sistemas en general, sin preocuparse de su naturaleza física, biológica o sociológica» (von Bertalanffy [31, p. 32]). Un sistema se define como un «complejo de elementos en interacción, interacciones cuya naturaleza no es aleatoria». La teoría general de los sistemas y la cibernetica se interpene-trarán progresivamente para dar como resultado lo que hoy se denomina la «sistémica» (cf. [265]).

Mientras que la teoría de los sistemas y la cibernetica ocupan sus lugares, Claude Shannon, un antiguo alumno de Wiener, elabora una «teoría matemática de la comunicación». Juntos, ambos hombres ponen a punto ciertos detalles técnicos. Pero el mismo espíritu del trabajo de Shannon es muy diferente del de Wiener. Así, el modelo de la comunicación de Shannon, que es puramente lineal, se opone netamente al modelo circular (retroactivo) de Wiener. Hay ahí, sin duda, la marca de los laboratorios de la compañía *Bell Telephone* en la que trabaja Shannon.

En efecto, desde hacía mucho tiempo los ingenieros de telecomunicaciones trataban de mejorar el rendimiento del

telégrafo, es decir, aumentar la velocidad de transmisión del mensaje, disminuir las pérdidas en el curso de la transmisión, determinar la cantidad de información que es posible emitir en un tiempo dado. Más allá de las mejoras técnicas, algunos de ellos trataban también de construir una «teoría matemática del telégrafo», o teoría de la transmisión de un mensaje de un punto a otro. Claude Shannon logró formular una teoría clara y precisa. La «teoría matemática de la comunicación», que propuso en su libro de 1949, es, pues, una teoría de la *transmisión*. *Comunicación* se entiende en el sentido que prevalece desde el siglo XVIII.¹

Para fijar previamente las ideas, Shannon propone un esquema del «sistema general de comunicación», que entiende como una cadena de elementos: la *fuente de información* que produce un mensaje (la palabra en el teléfono), el *emisor*, que transforma el mensaje en señales (el teléfono transforma la voz en oscilaciones eléctricas), el *canal*, que es el medio utilizado para transportar las señales (cable telefónico), el *receptor*, que construye el mensaje a partir de las señales, y el *destino*, que es la persona (o la cosa) a la que se envía el mensaje. Durante la transmisión, las señales pueden ser perturbadas por *ruido* (chirrido en la línea). Es decir:

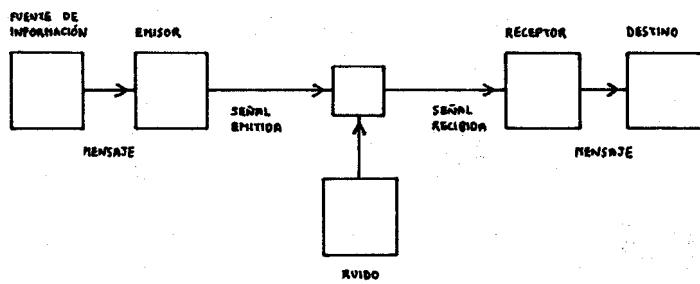


Fig. 2 — Esquema de un «sistema de comunicación», según Shannon [297, p. 69].

1. Como en el caso de la cibernetica, las obras de vulgarización sobre la teoría de la comunicación (o de la información) son abundantes. La obra de Joël de Rosnay puede quizás sugerirse de nuevo para una primera introducción [265, p. 170-174].

A partir de aquí las cosas se complican. La clave de bóveda de la teoría de Shannon es el concepto de «información». Pero no se trata de información en el sentido corriente de «noticia» o de «informe», sino de una magnitud estadística abstracta que califica el mensaje independientemente de su significación. Como dice el Pequeño Larousse: «La cantidad de información (es la) medida cuantitativa de la incertidumbre de un mensaje en función del grado de probabilidad de cada señal que compone ese mensaje.» Cuando enviamos un telegrama, el final de cada palabra es tan previsible que lo suprimimos: su cantidad de información es demasiado débil. Sólo son necesarias las primeras letras. En principio, no importa qué letra del alfabeto ni qué palabra del léxico pueden enviarse a través de las ondas. La incertidumbre es total. Pero desde el momento en que se forman las primeras letras, disminuye el número de mensajes todavía posibles. Para el estadístico, no es necesario recurrir al sentido para completar las palabras inacabadas: cada lengua posee una estructura estadística tal que, si una letra determinada ha aparecido, ya no es posible que vuelva a presentarse antes de un número n de otras letras. Si ha aparecido tal grupo de letras, no le podrá seguir tal otro grupo, y así sucesivamente. En una palabra, la *información* de Shannon es ciega. Parece perfectamente adaptada a los ordenadores que nacen en la misma época.

Tanto los trabajos de Shannon como los de Wiener tuvieron una enorme resonancia a principios de los años cincuenta. La cibernetica se popularizó con la aparición de los primeros robots, sobre todo las tortugas del inglés Grey Walter o los patos de François Albert Ducrocq. Se trata, de hecho, de células fotoeléctricas montadas sobre ruedecillas que, «atraídas» por la luz, ruedan, se detienen, retroceden, etc., prestándose a diversas interpretaciones zoomórficas antropomórficas. Por otra parte, este exceso de imaginación en la analogía entre el hombre y la máquina es lo que eclipsará a la cibernetica a finales de los años cincuenta, o al menos la limitará al dominio del ingeniero, donde alcanzará su madurez en la serenidad. La nueva definición de la comunicación que presenta el Grand

Robert en 1970, muy próxima a la de la retroacción (*feedback*), muestra cómo los conceptos de la cibernetica se han insertado con calma en las adquisiciones del conocimiento científico contemporáneo.

La teoría matemática de la comunicación no asediará jamás la imaginación del gran público. Pero conseguirá una profunda penetración en diversas disciplinas científicas, tanto en Francia como en Estados Unidos. No sólo la hallaremos entre los ingenieros y físicos, sino también entre los sociólogos, psicólogos y lingüistas. Por no citar más que uno de estos últimos, podemos señalar la sorprendente analogía entre el esquema de Shannon y el modelo de la comunicación verbal que Roman Jakobson propuso en 1960 [187, p. 214]:



El caso de Jackson ilustra un fenómeno reconocible en todos los investigadores en ciencias humanas que han utilizado de cerca o de lejos la teoría de la comunicación de Shannon. Se eliminan los aspectos más técnicos, sobre todo los que conciernen a la noción de información. Finalmente no queda más que la forma general del esquema, o sea de dos a cuatro casillas unidas por flechas en dirección de izquierda a derecha. Gracias, sin duda, a su extrema depuración, este esquema se ha convertido en el modelo de la comunicación en ciencias sociales, tanto en Estados Unidos como en Europa. Desde luego, son muy numerosas las críticas y las modificaciones sufridas, pero no se ha salido de la pareja emisor-receptor. Es como si el único elemento que Shannon ha podido legar a los legos en ingeniería sea la imagen del telégrafo que impregna todavía el esquema original. Podríamos hablar así de un *modelo telegráfico de la comunicación*.

Sin embargo, en el curso de los años cincuenta, en la época en que el «modelo telegráfico» comienza a adquirir una po-

sición dominante en la reflexión teórica sobre la comunicación, algunos investigadores norteamericanos tratan de partir de cero en el estudio del fenómeno de la comunicación interpersonal, sin pasar por la teoría de Shannon.

Estos investigadores proceden de horizontes diversos. El antropólogo Gregory Bateson y un equipo de psiquiatras intentan formular una teoría general de la comunicación apoyándose en datos en apariencia tan dispares como los diálogos entre un ventrilocuo y su marioneta, observaciones de nutrias jugando o estudios del comportamiento esquizofrénico. Ray Birdwhistell y Edward Hall son dos antropólogos con un considerable bagaje de conocimientos lingüísticos que intentan extender el dominio tradicional de la comunicación introduciendo en él la gestualidad (kinésica) y el espacio interpersonal (proxémica). Erving Goffman es un sociólogo fascinado por la manera en que los pasos en falso, los bastidores o los asilos revelan, como desgarres, la trama del tejido social. En apariencia no hay nada muy común entre estas personas y sus preocupaciones. Pero si se examina su biografía con más detalle, se ve aparecer una red de trayectorias cruzadas, universidades y centros de investigación comunes y, finalmente, una interpenetración conceptual y metodológica muy grande. Así, por ejemplo, Goffman fue durante un tiempo alumno de Birdwhistell en Toronto y recibió una formación casi idéntica a la de éste en la universidad de Chicago. Hall y Birdwhistell obtuvieron su formación lingüística de los mismos maestros. Birdwhistell trabaja muy a menudo con Bateson y Schefflen. Este último evoca en una entrevista reciente [26, p. 2] esta difusión tácita de las ideas nuevas en el seno del grupo:

(...) La cosa más revolucionaria que he aprendido de Ray [Birdwhistell] ha sido una manera diferente de pensar en cómo comprender el universo. Gregory Bateson es el representante más conocido de esta forma de pensar. También él aprendió enormemente de Ray Birdwhistell, lo cual no se reconoce lo suficiente (...). Ray y Gregory eran muy íntimos y pasaban mucho tiempo juntos. Durante esos años lo aprendimos todo el uno del otro. Mire, había un movimiento. Estaba en el aire.

El grupo inicial se incrementó en el curso de los años sesenta y setenta, convirtiéndose más bien en una red de interconexión. Don Jackson y Paul Watzlawick prosiguen la obra de Bateson en el seno de la psiquiatría. Stuart Sigman continúa hoy el pensamiento de Birdwhistell y Goffman. Para mejor destacar el carácter a la vez personal (no institucional) e intelectual de esta red, se podría hablar así de una *universidad invisible*.¹ Los miembros de esta universidad, por supuesto, no se han reunido jamás, si no es de manera accidental en el curso de algún coloquio. Pero cada uno sabe lo que hace el otro mucho antes de que se publiquen sus trabajos respectivos. Cartas, llamadas telefónicas, visitas directas o indirectas (por intermedio de estudiantes) hacen circular la información. Sin embargo, no hay que tomar muy al pie de la letra a esa universidad invisible, pues sin duda solamente en los inicios la red de sus miembros pudo formar un círculo a través de Estados Unidos. Hoy, cuando la tercera generación (Sigman y sus colegas) ocupa su lugar, la red tiende a ramificarse más y más. Todavía tienen lugar los intercambios, pero los desarrollos independientes se multiplican.

Falta que el análisis de los trabajos realizados por los miembros de la universidad revele un consenso muy amplio sobre lo que debe ser y no ser la investigación sobre la comunicación en la interacción. Sin atribuir un valor causal a la red de información constituida por la universidad, no obstante es posible poner de relieve esa relación entre contactos personales y consenso intelectual.

Dicho consenso se funda en una oposición a la utilización en las ciencias humanas del modelo de la comunicación de Shannon. Según estos investigadores, la teoría de Shannon ha sido concebida por y para ingenieros de telecomunicaciones, y hay que dejársela a ellos. La comunicación debe estudiarse en las ciencias humanas según un modelo que le sea propio. Estos

1. Expresión inventada por Derek J. de Solla Price [302] y retomada por Diana Crane [82] para hablar de las redes de conexión que dominan una disciplina científica. El término se utiliza aquí sin conservar la idea de poder y control que incluyen en ella estos dos sociólogos de las ciencias.

investigadores estiman que la utilización del modelo de Shannon en lingüística, antropología o psicología ha conducido al resurgimiento de los presupuestos clásicos de la psicología filosófica sobre la naturaleza del hombre y de la comunicación. Según ellos, la concepción de la comunicación entre dos individuos como transmisión de un mensaje sucesivamente codificado y después descodificado, reanima una tradición filosófica en la que el hombre se concibe como un espíritu encijalado en un cuerpo, que emite pensamientos en forma de ristras de palabras. Esas palabras salen por un orificio *ad hoc* y son recogidas por embudos igualmente *ad hoc*, que las envían al espíritu del interlocutor, el cual las analiza y extrae su sentido. Según esta tradición, la comunicación entre dos individuos es, pues, un acto verbal, consciente y voluntario.

Para nuestros investigadores, si la investigación de la comunicación interpersonal retoma por su cuenta estas posiciones filosóficas antiguas, no podrá salir jamás de las aporías en las que desembocan. Según ellos, hay que partir otra vez de la visión «ingenua» del historiador natural, como se decía en el siglo XVIII, es decir, desde el punto de vista del observador del comportamiento natural. Los seres humanos se mueven, emiten sonidos, ingurgitan alimentos, se reúnen en pequeños grupos de jóvenes y de mayores, de hombres y mujeres, etc. Es posible desarrollar esta descripción naturalista al infinito. Igualmente se puede disponer los millares de comportamientos observables en categorías, clases y géneros a partir de múltiples oposiciones, pero esta tarea también puede proseguir sin terminar jamás. Para los miembros de la universidad invisible, la investigación de la comunicación entre los hombres sólo comienza a partir del momento en que se formula la pregunta: *¿cuáles son, entre los millares de comportamientos corporalmente posibles, los que retiene la cultura para constituir conjuntos significativos?* Esta pregunta puede parecer extraña. De hecho, se trata simplemente de una generalización de la cuestión fundamental del lingüista que, ante los millares de sonidos que puede producir el aparato de la fonación, intenta localizar las pocas decenas de sonidos utilizadas por una cul-

La nueva comunicación

tura para constituir una lengua determinada. Plantear esta cuestión de una selección y una organización de los comportamientos entraña la adhesión a un postulado: la existencia de «códigos»¹ del comportamiento personal e interpersonal, regularían su apropiación en el contexto y, por lo mismo, su significación. Todo hombre viviría necesariamente (si bien de manera inconsciente) en y por los códigos, ya que todo comportamiento supone su uso. Pues bien, los investigadores que reaccionaban contra el modelo verbal, voluntario y consciente de la comunicación, llamarán precisamente comunicación a toda utilización de esos códigos. En consecuencia, «no es posible dejar de comunicarse». Este es uno de los axiomas fundamentales del libro *Una lógica de la comunicación* [327], escrito por tres miembros de la universidad invisible: Paul Watzlawick, Janet Beavin y Don Jackson. La analogía con el lenguaje puede hacer comprender esta posición aparentemente paradójica: desde que un individuo abre la boca y le habla a otro individuo, utiliza, a pesar suyo, una multitud de *reglas*: reglas de formación del lenguaje, reglas de utilización de un nivel de lenguaje apropiado a su interlocutor, al tema abordado, al lugar en el que se encuentran, reglas de colocación de los giros y los tiempos de habla acordados a cada interlocutor, etc. El conjunto del sistema de comportamiento, en el que la palabra no es más que un subsistema, puede considerarse entonces en la misma perspectiva. Como escriben Paul Watzlawick y John Weakland en una obra reciente, *The Interactional View*:

De la misma manera que es posible hablar correcta y corrientemente una lengua y no tener, sin embargo, la menor idea de su gramática, obedecemos de una manera permanente a las reglas de la comunicación, pero las reglas mismas, la «gramática» de la comunicación, es algo de lo que somos inconscientes [329, p. 56].

Para estos autores, la comunicación es, pues, un proceso

1. Las comillas tienen la finalidad de subrayar lo ambiguo que es el término código, y aquí debe entenderse en el sentido muy impreciso de «cuerpo de reglas».

El telegrafo y la orquesta

social permanente que integra múltiples modos de comportamiento: la palabra, el gesto, la mirada, la mimica, el espacio interindividual, etc. No se trata de establecer una oposición entre la comunicación verbal y la «comunicación no verbal»: *la comunicación es un todo integrado*. Birdwhistell, uno de los primeros teóricos de la universidad invisible, dirá un día a este respecto: «Para mí, hablar de comunicación no verbal tiene tanto sentido como hablar de fisiología no cardiaca.» De la misma manera, para estos autores no se puede aislar cada componente del sistema de comunicación global y hablar de «lenguaje del cuerpo», «lenguaje de los gestos», etc., asumiendo con ello que cada postura o cada gesto remite inequívocamente a una significación particular. Como ocurre con los enunciados del lenguaje verbal, los «mensajes» procedentes de otros modos de comunicación carecen de significación intrínseca: sólo en el contexto del conjunto de los modos de comunicación, relacionado a su vez con el contexto de interacción, puede adquirir sentido la significación. Birdwhistell y Scheflen proponen así un análisis de *contexto* por oposición al análisis de *contenido* que favorece el modelo de Shannon. Si la comunicación se concibe como una actividad verbal y voluntaria, la significación está encerrada en los «bocadillos» que se envían los interlocutores. El analista no tiene más que abrirlos para extraer el sentido. Por el contrario, si la comunicación se concibe como un proceso permanente en varios niveles, para comprender la emergencia de la significación, el analista debe describir el funcionamiento de diferentes modos de comportamiento en un contexto dado, lo cual es un trámite muy complejo. Así, ciertos miembros de la universidad trabajarán mediante el estudio de casos filmados y grabados. Otros trabajarán por observación directa «sobre el terreno», como los antropólogos. Todos estimarán inadecuados los métodos experimentales en los que las variaciones de un elemento *x* (por ejemplo la edad, el sexo o el grado de intimidad de los interlocutores) se ponen en correlación con las variaciones de un elemento *y* (por ejemplo, la distancia que separa a los interlocutores). Según ellos, la complejidad de la menor situación de interacción es tal, que es

vano querer reducirla a dos o varias «variedades», trabajando de manera lineal. Es preciso concebir la investigación de la comunicación en términos de *niveles de complejidad*, de *contextos múltiples* y de *sistemas circulares*. En este sentido se relacionan con la cibernetica de Norbert Wiener, que según ellos no debe dejarse a los ingenieros, contrariamente a la teoría de Shannon. Gregory Bateson, el decano de la universidad invisible, asistirá activamente al nacimiento de la cibernetica y hará de ella uno de los principales útiles de su reflexión. Paul Watzlawick, Don Jackson y Albert Scheflen utilizarán a fondo la teoría general de los sistemas.

En varios miembros de la universidad invisible hallaremos el desarrollo de una analogía entre la comunicación y una orquesta que esté tocando. Así, Albert Scheflen escribe:

Si planteamos que la forma de la composición musical en general es análoga a la estructura de la comunicación norteamericana, variantes particulares de la música (por ejemplo, una sinfonía, un concierto, etc.) pueden concebirse como análogas a estructuras comunicativas especiales (por ejemplo, una psicoterapia). Así, una fuga para un cuarteto de cuerda es una analogía razonable de una psicoterapia en un grupo de cuatro personas. A la vez, en el cuarteto y en la sesión psicoterapéutica, hay realización (*performance*) de las estructuras. En cada caso, la ejecución mostrará un estilo y particularidades propias, pero seguirá también una línea y una configuración generales. La diferencia entre estas dos estructuras es que la composición musical posee una partitura explícita, escrita y conscientemente aprendida y repetida. La «partitura» de la comunicación no ha sido formulada por escrito y, en cierta medida, ha sido aprendida inconscientemente. [291, p. 181.]

La analogía de la orquesta tiene la finalidad de hacer comprender cómo puede decirse que cada individuo participa en la comunicación, en vez de decir que constituye el origen o el fin de la misma. La imagen de la partitura invisible recuerda más precisamente el postulado fundamental de una gramática del comportamiento que cada uno utiliza en sus intercambios

más diversos con el otro. En este sentido podríamos hablar de un *modelo orquestal de la comunicación*, por oposición al «modelo telegráfico».¹ El modelo orquestal, de hecho, vuelve a ver en la comunicación el fenómeno social que tan bien expresaba el primer sentido de la palabra, tanto en francés como en inglés: la puesta en común, la participación, la *comunión*.

Ahora es preciso que nos detengamos en cada uno de los investigadores de los que nos ocupamos aquí, a fin de extraer rasgos comunes y rasgos distintivos, tanto en su inserción en el seno de la universidad como en su utilización del modelo orquestal de la comunicación.

En una tercera y última sección, el trabajo de análisis intrínseco operado, se abrirá una discusión sobre la relación entre el modelo orquestal de la comunicación y la «ciencia de la comunicación» que ha evocado varias veces Lévi-Strauss [206, p. 326-359; 209, p. xxxvi]. Entonces aparecerá de manera evidente la pertinencia de los trabajos norteamericanos.

HÄGAR DUNOR LE VIKING par Dik Browne



1. Debemos ser conscientes del desequilibrio de esta oposición. La imagen del telégrafo propuesta es un comentario por mi parte, que trata de sugerir cómo los orígenes del modelo (los laboratorios de la empresa *Bell*, especializados en la ingeniería de las telecomunicaciones) pueden haber influido con su concepción lineal. Por el contrario, la imagen de la orquesta es utilizada por ciertos investigadores que intentan hacer comprender su propia visión de la comunicación. Por otra parte, no hay que tratar de establecer correspondencias demasiado exactas entre objetos y conceptos. La analogía debe ser ante todo un útil pedagógico y mnemotécnico.

2. UNA UNIVERSIDAD INVISIBLE

Al examinar los lugares de formación y de trabajo de los investigadores de la universidad invisible, percibimos que dos ciudades parecen haberles atraído de manera especial: Palo Alto, en California, y Filadelfia, en la costa Este. Partiremos de estos dos polos para describir a la mayoría de los investigadores estudiados aquí.

I. PALO ALTO

Por diversas razones, varios miembros de la universidad se establecerán progresivamente en Palo Alto, una pequeña ciudad en el extenso extrarradio de San Francisco. Muy cerca se encuentra la universidad de Stanford, así como un hospital psiquiátrico de la *Veterans Administration* donde Bateson trabajará a partir de 1949. En 1959, Don Jackson funda en Palo Alto el *Mental Research Institute*, al que Paul Watzlawick llega en 1962. Palo Alto se ha perdido hoy como arrabal para apacibles jubilados, adquiriendo el estatuto de ciudad conocida internacionalmente...

De Cambridge a Palo Alto: Gregory Bateson

Bateson se llama Gregory porque su padre consagraba un culto al monje austriaco Gregor Mendel. Este detalle establece

el tono: nos hallamos en 1904, en una familia de la gran burguesía intelectual inglesa. El abuelo era director del St. John's College, en Cambridge. El padre estudia zoología en St. John y pronto se convierte en una especie de francotirador en esa disciplina, combatiendo, desde un punto de vista evolucionista, las teorías darwinianas. Progresivamente adquiere una reputación internacional por su trabajos de «genética», término que establece y defiende con ardor. Toda la familia vive al ritmo de este hombre exuberante. Sus tres hijos, John, Martin y Gregory, se inician desde su más tierna infancia en las ciencias naturales: largas marchas al aire libre, observación de los animales, recolección de plantas e insectos. No es, pues, sorprendente que el joven Bateson ingrese en el St. John's College y adquiera en él una formación de zoólogo, como tampoco es de extrañar que, al salir de Cambridge, en 1924, a los veinte años, parta hacia las Galápagos siguiendo las huellas de Darwin (por invitación de un millonario que posee un yate). Tampoco sorprende que, en 1925, decida abandonar las ciencias naturales e iniciar un tercer ciclo de antropología: «Me sentía desconsideradamente frenado. Esa fue una de las razones por las que abandoné la zoología. Salir de ese campo para dedicarme a alguna cosa en la que yo fuese yo y no el hijo de mi padre», dirá más tarde Bateson a su biógrafo, David Lipset [215, p. 45].

En 1927 parte hacia Nueva Guinea, donde aún actúan con frecuencia los cortadores de cabezas. Convive con varias tribus, entre las que tropieza no tanto con la reserva de sus miembros como con su propia conciencia de que es un intruso: «Detesto toda esta parte de mi trabajo y tengo la impresión de importunar cuando intento conocer esas cosas (...). Supongo que el perfecto antropólogo es tan cínico como un reportero», escribe a su madre (*in* Lipset [216, p. 132]). Sin embargo, acumula una suficiente cantidad de datos para redactar, a su regreso a Cambridge en 1930, una tesis sobre los Iatmul. La cultura de invernadero de Cambridge le asfixia rápidamente. En 1932, regresa al río Sepik. Pero la soledad, su falta de confianza y su escepticismo con respecto a las teorías en curso

minan su trabajo. La víspera de Navidad, la ya célebre pareja de antropólogos Margaret Mead y Reo Fortune, que trabajan en la misma región, llegan al campamento de Bateson.¹ Los tres investigadores charlan durante toda la noche, y deciden trabajar en colaboración. Para Bateson, esta visita de la Mead se revela capital. La antropóloga norteamericana le aporta la seguridad metodológica y psicológica que le falta en su trabajo y en sus relaciones personales. A su vez, Bateson aporta a Mead un soltura teórica y epistemológica desconocida por los antropólogos formados en Estados Unidos.² Así pues, se establece entre ambos una estrecha armonía, mientras que Fortune queda al margen. Esta separación aumenta poco después: en la primavera de 1933, Mead regresa a Nueva York mientras que su esposo vuelve a Inglaterra, y al año siguiente se divorcian. A fines de 1935, Bateson ha concluido el manuscrito de su libro *Naven*, y a principios de 1936, se casa con la Mead y parte con ella para una nueva investigación en la isla de Bali.

Ese libro, *Naven*, merece que nos detengamos en él un momento, pues muestra cómo y en qué pensará Bateson a lo largo de toda su vida.³ Bateson no se contenta con reproducir su experiencia en el seno de una cierta cultura a través de algunas descripciones y extractos de entrevistas, sino que trata de construir una teoría de la cultura que rebase de lejos el marco de la sociedad estudiada. El concepto de «cismogénesis» ilustra bien este aspecto. Por este término, Bateson en-

1. Margaret Mead recuerda en su autobiografía *Blackberry Winter*: «Subimos hasta su casa, un abrigo en ruinas e inverosímil; un árbol salía a través del techo, el gato y los mosquitos iban y venían a su antojo» [241, p. 204].

2. Franz Boas, el gran patrón de la primera generación antropológica norteamericana —y a tal título mentor de Mead—, daba a sus alumnos una visión de la cultura impregnada de psicología y de historia. Al contrario que Bateson, formado en las ideas durkheimianas de Radcliffe-Brown, Mead era extraña al concepto de la sociedad como «realidad *sui generis*». Además, Boas no explicitaba en sus cursos el aspecto intelectual de la investigación. Mead escribe: «No oímos hablar de hipótesis y de paradigmas ni abordábamos el dominio de la epistemología» [241, p. 205].

3. Gregory Bateson, *La ceremonia del Naven* [11]. La segunda advertencia final, escrita en 1958, ha sido recogida en *Hacia una ecología del espíritu*, [t. I 17, p. 165-187].

La nueva comunicación

tiende el estudio de la génesis de un cisma en el seno de un sistema social. Distingue una cismogénesis «simétrica», en la que los interactuantes responden a la dádiva por la dádiva (*potlach*), a la violencia por la violencia, etc., de una cismogénesis «complementaria», en la que los asociados se hunden cada vez más en los papeles del tipo dominación/sumisión o exhibicionismo/voyeurismo. En uno y otro caso, la exacerbación de los comportamientos inscritos en esos movimientos en espiral puede conducir a desequilibrar e invertir el sistema social.

Ahora bien, esta hipótesis es contraria a las costumbres intelectuales de la época, y por varias razones. En primer lugar, se trata de una hipótesis, es decir, de una construcción intelectual. Los datos etnográficos se consideran como materiales ilustrativos, no como los jueces de un «tribunal de los hechos». Que los hechos contradigan la elaboración teórica, importa poco, en definitiva, a Bateson. Nada vale una buena idea. Sin duda es ésta una posición herética a los ojos de la época, para la que la acumulación de datos es primordial. La posición «intelectualista» de Bateson, que se afirmará cada vez más con el paso de los años, le hará gradualmente sospechoso a los ojos de numerosos investigadores anglosajones. En segundo lugar, el concepto de cismogénesis efectúa un vaivén permanente entre el individuo y la sociedad. Un proceso de interacción entre individuos se considera como un factor de desequilibrio de la sociedad entera. La psicología social se mezcla íntimamente con la antropología social y, lo que es peor, se desborda y llega incluso a la psiquiatría y la ciencia política en los ejemplos de generalización posible propuestos. Bateson, tomando partido por la interdisciplinariedad que también le afirmaría posteriormente, desarma totalmente al investigador tradicional. Finalmente, su reflexión de los procesos de equilibrio y desequilibrio, de los fenómenos circulares, de las posibilidades de crisis y de estallidos, que prefigura las formas de la cibernetica, no puede convenir al funcionalismo estático, equilibrado y armonioso que reina entonces. En una palabra, *Naven* es un fracaso magistral en el momento de su aparición en 1936.

Una universidad invisible

Pero cuando el libro sale a la luz, Bateson se encuentra en Bali con Margaret Mead. En colaboración con ella, producirá un segundo libro que, como *Naven*, sigue siendo único en los anales de la antropología cultural. En las últimas páginas de *Naven*, Bateson había escrito:

Durante tanto tiempo como carezcamos de técnicas adecuadas de descripción y de análisis de las posturas humanas, de los gestos, de la entonación, de la risa, etc., deberemos contentarnos con croquis impresionistas de la «tonalidad» del comportamiento. [11, p. 282.]

Abr. a bailar en Bali

En el curso de esos dos años de investigación sobre el terreno en un pueblecito de las montañas de Bali, Bateson pondrá a punto esas «técnicas adecuadas de descripción y de análisis» del comportamiento no verbal. Mientras que Margaret Mead interroga, charla, toma nota, Bateson filma y fotografía. ¡Así tomará unas 25.000 fotografías con su cámara Leica y rodará 7.000 metros de película con un tomavistas de dieciséis milímetros! Anota cuidadosamente la fecha y la hora de cada toma a fin de que se corresponda con las notas escritas por Mead.¹

Bateson y Mead regresan a Nueva York en 1939. Eligen y comentan 759 fotografías que constituyen el cuerpo de *Balinese Character: A Photographic Analysis*, que aparece en 1942 [23]. El libro no constituye sólo el resultado de una renovación de los métodos de investigación sobre el terreno y una nueva concepción de los métodos de presentación de los datos, sino que ofrece también una visión teórica original de la cultura y de los procesos de socialización. Mead y Bateson no tratan tanto de estudiar la cultura balinesa como delimitar el problema de la incorporación de la cultura. ¿Cómo aprende el niño a convertirse en miembro de su cultura al comer, andar,

1. En su autobiografía, que proporciona una multitud de detalles sobre los acontecimientos que aquí evocamos con mucha rapidez, Margaret Mead escribe estas notables palabras: «Así me es posible, transcurridos treinta años, situar cada uno de los movimientos de la existencia del pueblo, redactar leyendas minuciosas y descubrir a qué niño pertenece tal brazo o pierna percibido en el ángulo de un documento» [241, p. 229].



Fig. 3 — *Las relaciones con la madre: el rechazo de las emociones.* En Bali, las emociones del niño son controladas por la madre. En cuanto a los hechos, esto significa que el estímulo y la reacción al «toma y daca» no siguen la curva ascendente que existe para el amor y el odio en nuestra cultura. La madre balinesa estimula a su hijo pero, cuando éste le responde emocionalmente, ella se vuelve insensible y no deja jamás que el intercambio termine de un modo afectivo. Lámina extraída de la obra de Gregory Bateson y Margaret Mead, *Balinese Character: A Photographic Analysis*.

1 a 9 — Registro de cerca de dos minutos de comportamiento interpersonal entre una madre y su hijo: «12 h. 20. Men Goenoeng (la madre) pide a I Raoeh (su hijo) que vaya a ella. El niño llega y coloca la mano sobre el pecho de su madre, luego sobre su pene y su rodilla, y comienza a lloriquear. Men Goenoeng restringe su cabeza contra él (fotos 1 y 2). Men Goenoeng coloca a I Raoeh sobre sus rodillas y el pequeño juega con sus senos (foto 3). I Raoeh succiona (foto 4) y toca el otro seno (fotos 5 y 6). Men Goenoeng le da unas palmaditas en la espalda de manera rítmica y I Raoeh atrea, haciéndolo girar, el seno derecho hacia el centro del cuerpo. Men Goenoeng esboza con los dedos un dibujo sobre su pie (fotos 7 y 8). I Raoeh sujetó con firmeza el seno libre. 12 h. 22. I Raoeh mira a su alrededor mientras continúa con la mano en el seno (foto 9)». En esta serie, el gesto de la madre recogido por las fotos 1 y 2 responde al lloriqueo del niño; pero mientras que él da conocimiento de su emoción, la atención de la madre está en otra parte. Inmediatamente después de sus movimientos, su figura se ha vuelto del todo inexpresiva (foto 3); luego ríe de otra cosa (foto 4). Es probable que «la caricia rítmica sobre la espalda del niño» a la que se refieren las notas sea efectuada sin prestar la menor atención al niño. La foto 7 muestra a la madre haciendo una leve caricia a la cabeza del niño, mientras mira al aire y ríe de otra cosa. Al final de la serie ambos parecen contrariarse (foto 9).

jugar, bailar y dormir? De modo más concreto, Mead busca, bajo la influencia de las teorías psicoanalíticas de Erik Erikson¹, el origen del temperamento balinés en las relaciones entre padres e hijos. Enunciará así un esbozo de lo que Bateson denominará quince años más tarde el «doble vínculo» (*double bind*). La hipótesis del *double bind* consistirá en ver el origen de la esquizofrenia infantil en una red de relaciones contradictorias entre la madre y el hijo. Pues bien, según Mead, el pequeño balinés está sometido en sus interacciones con los adultos (madre, hermana, tía, etc.), a un régimen de «duchas frías» que le conducirá progresivamente a retirarse, a evitar el contacto con el mundo adulto:

La madre incita continuamente al niño a mostrar su emoción —amor o deseo, celos o cólera— pero es solamente para alejarse, para romper el vínculo, en el momento en que el niño, encerrado en una espiral afectiva, pide a su madre alguna respuesta emocional (...). Durante los dos o tres primeros años de sus vidas, los niños responden a estos estímulos (...). Más tarde el niño comienza a retirarse (...). El repliegue que señala el fin de la primera infancia en el pequeño balinés, y que se produce entre las edades de tres a seis años, es una insensibilidad emocional total. Y, una vez establecida, su insensibilidad persistirá a lo largo de su vida [23, p. 32-33].

Balinese Character será el último gran trabajo empírico de Bateson, el cual es, ante todo, un hombre de ideas y no de datos. Como dirá Mead, con cierta amargura, en lo sucesivo preferirá trabajar sobre «observaciones que no presentan ningún valor definitivo y que pueden abandonarse una vez que ha finalizado el razonamiento que se quería desarrollar» [241, p. 232].

En 1942, poco antes de partir para Extremo Oriente a fin de trabajar para el ejército norteamericano, Bateson asiste en Nueva York a un coloquio organizado por la *Josiah Macy Jr.*

1. Erik H. Erikson, psicoanalista norteamericano, ha buscado, a través de numerosas obras, aproximar cultura, historia y personalidad [96; 97].

Foundation.¹ Por primera vez, oye hablar del *feedback* y, para él, es la iluminación. Treinta años después dirá:

En 1942 encontré, en una conferencia organizada por la *Macy Foundation*, a Warner McCulloch y Julian Bigelow, cuyas apasionantes exposiciones sobre el *feedback* me ayudaron a aclarar ciertos puntos esenciales; pues, al escribir *La ceremonia del Naven*, había llegado al umbral de lo que más tarde sería la cibernetica: lo que me faltaba para franquearlo era el concepto de *feedback* negativo. [17, p. 7].

En efecto, en *Naven*, Bateson había descrito bajo el término «cismogénesis» (complementario y simétrico) las condiciones de posibilidades de estallido de un sistema social. Sin utilizar el término, también había puesto al descubierto el mecanismo del *feedback* positivo, el que refuerza el sistema en su escalada hacia la destrucción total. Para explicar la estabilidad de un sistema social, Bateson había propuesto un acoplamiento de los dos tipos de cismogénesis. La idea de *feedback* negativo permitía una conceptualización a la vez más simple y más general: por autocorrecciones sucesivas, el sistema es capaz de regresar a la estabilidad.²

1. Fundada en 1930 por una heredera de la familia Macy, esta Fundación organizó durante los años 1930-1950 una gran cantidad de ciclos y coloquios de alto nivel en las diversas ramas de las ciencias médicas y sociales. Dichas series fueron transcritas y publicadas (cf. [171; 172]).

2. La distinción entre *feedback* (retroacción) positivo y negativo se ilustra en los siguientes esquemas (in Joël de Rosnay [265, p. 100]):

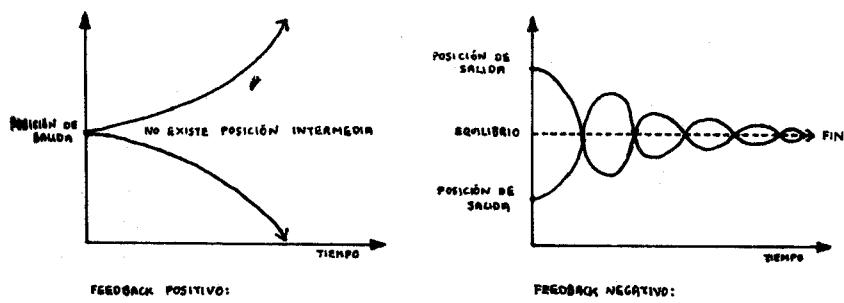


Fig. 4.

La reunión de 1942 ha suscitado un entusiasmo similar al de Bateson entre los demás participantes. Se organiza una serie de diez conferencias financiadas por la Fundación Macy.¹ Vuelto a Estados Unidos en 1945, Bateson participa activamente en estas conferencias. Así, tras la reunión de marzo de 1946, después de hablar él mismo de la necesidad que tiene el investigador en ciencias sociales de tomar en préstamo nuevos conceptos de las matemáticas a matemáticos e ingenieros de la comunicación, escucha una serie de exposiciones y debates, dominados por las grandes figuras de Norbert Wiener y del matemático John von Neumann, en las que se discute una enorme cantidad de ideas nuevas, tales como la teoría de los juegos, la distinción entre procesos digitales y analógicos, la relación entre información y entropía, etc.

Este *corpus* todavía mal estructurado de trabajos matemáticos, de analogías entre hombres y máquinas y de visiones globales sobre la sociedad, es reunido en 1948 bajo el nombre de «cibernetica» por Norbert Wiener [335]. En varias ocasiones, Bateson trata de convencer a Wiener para que dirija su atención a las ciencias sociales. Wiener se negará siempre, estimando que las «ciencias humanas son bancos de ensayo muy pobres para una nueva técnica matemática» [335, p. 34]. Además, finaliza su célebre libro con la frase: «De buen o mal grado, mucho es lo que hay que dejar al método narrativo “no científico” del historiador profesional» [335, p. 34]. Esta tarea de introducción de la cibernetica en las ciencias sociales la emprenderá el mismo Bateson, antes que otros muchos.

En 1948, a invitación del psiquiatra Jurgen Ruesch, se instala en la clínica Langley Porter, en San Francisco. Es un momento importante en su carrera intelectual. Bateson abandona el mundo de la antropología para entrar en el de la psiquiatría, que no abandonará hasta principios de los años sesenta y al que volverá en lo sucesivo de manera intermitente. Su objetivo no es una mejora de los métodos terapéuticos sino una teoría general de la comunicación derivada de las ideas de

1. Las cinco últimas conferencias han sido publicadas gracias a los cuidados de Heinz von Foerster, Margaret Mead y Hans Teuber [108].

la cibernetica. En colaboración con Ruesch, escribe un libro que, una vez más, es muy innovador: *Communication: The Social Matrix of Psychiatry*, que aparece en 1951 [268]. Ruesch firma los cinco primeros capítulos y Bateson los cinco restantes. En un capítulo final, ambos autores proponen una teoría general de la comunicación. El conjunto prefigura, por su amplitud y su rigor, el libro que aparecerá diecisésis años más tarde, *Pragmatics of Human Communication*, de Paul Watzlawick, Janet H. Beavin y Don Jackson [327]. La visión de la comunicación desarrollada en esta obra es la que caracteriza a todos los autores estudiados aquí: «La esencia de nuestro mensaje al lector es que la comunicación es la matriz en la que se encajan todas las actividades humanas.» [268, p. 13]. En este marco, Bateson desarrolla una serie de ideas intercambiadas en el curso de los coloquios Macy (cf. [14]). Así vemos aparecer su reflexión sobre la teoría de los Tipos Lógicos, que no dejará de continuar en sus trabajos posteriores. Se trata de resolver una antigua paradoja de la filosofía griega. El hombre que enuncia: «Estoy mintiendo», ¿dice la verdad? Apoyándose en los trabajos lógico-matemáticos de Alfred Whitehead y Bertrand Russell [333], Bateson explica que es posible resolver la paradoja. Simplemente es preciso señalar que hay una «confusión de los niveles de abstracción»:

Las tres palabras (*I am lying*) son lo único de lo que debemos preocuparnos. Proceden simultáneamente de un enunciado de nivel I y de un enunciado de nivel II, y el segundo tiene un nivel de abstracción superior al primero. En la presentación formal por Russell de la paradoja en términos de «clases de clases», esos niveles de abstracción resultan explícitos. Así queda resuelta la paradoja. [268, p. 195.]

Esta idea le parece heurísticamente muy poderosa para la teoría de la comunicación que intenta desarrollar. En 1952 solicita y recibe una subvención de la Fundación Rockefeller para estudiar las «paradojas de la abstracción en la comunicación». Recluta a uno de sus antiguos alumnos, el ingeniero químico John Weakland, un estudiante de comunicación social

de la universidad de Stanford, Jay Haley, y un joven psiquiatra, William Fry. Separado definitivamente de M. Mead desde 1949, Bateson es «etnólogo residente» del hospital psiquiátrico de la *Veterans Administration* en Palo Alto. Imparte un seminario a los estudiantes de medicina que efectúan prácticas de psiquiatría. Es el seminario más claro de su tiempo, y tiene libertad para hacer lo que quiera. Deja esta misma libertad a sus nuevos asociados. El único imperativo es el de intentar aplicar el razonamiento de Whitehead y Russell sobre las paradojas lógicas al mayor número de situaciones posibles.

Por su parte, Bateson emprende un estudio de la naturaleza del juego en los animales. Observa y filma las nutrias en el zoo de San Francisco. Su objetivo es comprobar si estos animales, de los que se dice que son muy festivos, son capaces de efectuar la distinción entre un comportamiento lúdico y un comportamiento de combate. Durante meses no sucede nada: las nutrias apenas se mueven. Un día de marzo de 1953, Bateson tiene la idea de hacer descender a su redondel un trozo de papel en el extremo de un hilo. Una nutria se aproxima, intrigada, «la segunda nutria abandona los restos de comida, llega y se establece una competencia entre ellas por el «juguete». En pocos instantes, éste conduce a una movida refriega que se aproxima, pero sin llegar jamás, a un verdadero combate» [13, p. 175]. Bateson renueva la experiencia atando un pescado al extremo del hilo. Las nutrias se disputan el pescado, pero «de buen humor», mordiéndose sin herirse. En los meses siguientes las dos nutrias «juegan» de este modo... pues, para Bateson, su comportamiento demuestra claramente que saben emitir y recibir señales que dicen: «esto es un juego». En otras palabras, para Bateson (el cual empleará más este ejemplo de las nutrias como una metáfora que como un trabajo de observación «real»), se comunican sobre sus comunicaciones, se «metacomunican». O más aún: ponen comillas, encuadran sus mensajes.

Por otra parte, los miembros de su equipo, que todavía no están seguros de haber comprendido lo que piensa Bateson, se dedican a diversos proyectos: estudio de la formación de pe-

rros para ciegos, análisis del diálogo entre un ventrílocuo y su marioneta, observaciones de niños disminuidos en el seno de un grupo, registro de discursos esquizofrénicos en «ensalada de palabras», discusiones con psiquiatras poco ortodoxos como John Rosen y Milton Erickson, consultas con expertos en diferentes dominios (Norbert Wiener, Ray Birdwhistell), etc.

En 1954, Bateson propone una primera síntesis de este vasto trabajo exploratorio en un texto titulado «Una teoría del juego y ~~del fantasma~~^{del doble vínculo}» [17, p. 209-224]. El ejemplo de las nutrias¹ se recoge de nuevo aquí para ilustrar las paradojas de Russell y responder a la pregunta:

¿Hay alguna indicación de que ciertas formas de psicopatología se caracterizan particularmente por anomalías en la manera en que el paciente maneja los marcos y las paradojas? [17, p. 22.]

La respuesta de Bateson y su equipo se encuentra en una artículo de 1956 titulado «Hacia una teoría de la esquizofrenia»², en el que los autores desarrollan la célebre hipótesis del «doble vínculo» (*double bind*), que constituye una especie de cristalización de la trayectoria intelectual de Bateson en el curso de los veinte años transcurridos, desde la insensibilización emocional de los niños balineses tras sus experiencias de excitaciones frustradas hasta las nutrias juguetonas del zoo de San Francisco, pasando por las paradojas russelianas de los coloquios de la Fundación Macy.³ En sustancia, la hipótesis se presenta como sigue:

- (A) Supongamos un sistema familiar en el que:
— el padre es débil o está ausente;

1. En este texto, las nutrias se convierten en monos: poco importa el animal siempre que el ejemplo sea adecuado.

2. Este texto aparece de nuevo en *Steps to an ecology of mind*, de Gregory Bateson, [t. II 18, p. 9-34].

3. No se trata, pues, de una combinación *ad hoc* de conceptos, como pretende David Cooper [80, p. 71]. Desgajada de un sistema de pensamiento, la «doble coacción» o «doble vínculo» es todo lo contrario de un descubrimiento clínico fortuito, teorizado *a posteriori*. La hipótesis, por otra parte, se presta muy mal a la verificación empírica clásica.

- la madre es hostil al niño o éste le asusta;
 - (B) (1) Si el niño se acerca a su madre, ésta se retira;
 - (2) Si, en consecuencia, el niño se retira, la madre simula un acercamiento que niega su retirada. Su aproximación simulada es, pues, un comentario sobre su gesto anterior: es un mensaje sobre un mensaje. La retirada pertenece a un tipo lógico de nivel I, la proximidad a un tipo lógico de nivel II.
 - (3) La secuencia vuelve a comenzar: ante la aproximación de su madre, el niño se aproxima; al aproximarse, ella se retira... pero cubre su retirada aproximándose de nuevo, etc.
- (C) (1) Si el niño comprende la distinción entre estos dos tipos de mensaje, es «castigado» en el sentido que comprende que su madre le rechaza afectivamente pero intenta hacerle creer que le quiere. Entonces el niño tiene que hacer como si no comprendiera la distinción, si quiere evitar este castigo («para poder sobrevivir con él», dice Bateson [18, p. 21]).
- (2) Pero si sigue el juego a su madre, desde ese momento tiene que aproximarse a ella cuando la madre se aproxime a él. Ahora bien, cuando se approxima, ella se retira y le «castiga» de nuevo por ese comportamiento de ponerse a distancia.
- (3) A partir de entonces, el niño queda «acorralado»... no tiene ninguna elección posible: «El niño es castigado porque interpreta correctamente lo que expresa su madre; y es igualmente castigado porque lo interpreta mal. Está prisionero en una «doble coacción» [18, p. 22]. La única forma de salir de ella sería hacer un comentario sobre la posición contradictoria en la que le ha colocado su madre. Pero su madre le impedirá siempre «metacomunicarse», y atrofiará en él esta capacidad necesaria para toda interacción social. Pues bien, el esquizofrénico adulto puede definirse por esta misma incapacidad de distinguir los mensajes de nivel I y de nivel II. Toma al

pie de la letra todo mensaje emitido o recibido. Ya no se metacomunica, con respecto a sí mismo o a los demás.

Como se ve, la exposición de la hipótesis del doble vínculo no resulta fácil. Si se la presenta en términos de paradojas russellianas, el lector se pierde en ellas o se pregunta qué puede hacer el pobre niño en los *Principia Mathematica*. Si se la presenta en términos más cómodos, se cae ya en los defectos de una presentación psicologizante, con una madre «ansiosa» y castradora y un hijo que lo comprende todo pero que no puede soportar las consecuencias, ya en el defecto de una presentación behaviorizante en la que se opone el comportamiento no verbal al comportamiento verbal y se habla en términos de «castigo-recompensa». De hecho, los mismos autores caen en esos defectos en su primera presentación de 1956.

Sin embargo, a pesar de sus ambigüedades, la hipótesis del doble vínculo conocerá en un primer momento el éxito enorme en los medios norteamericanos de la investigación de la esquizofrenia. Varias decenas de trabajos clínicos y experimentales tratarán de verificar la teoría.¹ Pero, al extraer uno u otro punto del artículo programático de 1956 sin seguir toda la andadura teórica, esos trabajos se saldarán más frecuentemente con un fracaso. Desde ese momento, en una segunda época, se extenderá una opinión en los medios interesados: el doble vínculo es una hipótesis falsa que puede arrojarse a las mazmorras de la historia de la psiquiatría. Sólo en una tercera época, en el curso de los últimos cinco años, varios investigadores han propuesto una interpretación que respeta más la evolución del pensamiento de Bateson y de su equipo (Sluzki/Ransom [299], Berger [28]).

1. Estas publicaciones, individuales o colectivas, son demasiado numerosas para mencionarlas aquí. Remítase el lector, de una manera global a los trabajos del *Mental Research Institute* recogidos por Don Jackson [185, 186] y por Paul Watzlawick y John Weakland [329]. Una síntesis clara se encuentra en la obra de Paul Watzlawick, Janet H. Beavin y Don Jackson, *Une logique de la communication* [327, p. 211-220].

Desde la aparición del artículo original, los autores no han cesado de trabajar en su hipótesis,¹ y hay dos correcciones especialmente importantes a señalar. La primera concierne a la relación entre madre e hijo. En el artículo de 1956, esta relación se veía casi como la que se establece entre un verdugo y su víctima. En un breve artículo de 1963, Bateson y su equipo insisten en el hecho de que el doble vínculo no debe concebirse «como la relación de un verdugo (*binder*) y de su víctima, sino la que se establece entre personas atrapadas en un sistema permanente que produce definiciones conflictuales de la relación» [22, p. 58]. Esta distinción caracteriza el pensamiento que llevaría a Jackson, Weakland y Haley a elaborar, en el curso de los años sesenta, la terapia familiar sistémica. Pero también es lo que ocasiona la disgregación del grupo de Bateson. En efecto, éste propone una segunda corrección tan fundamental al artículo de 1956, que su ruta va a separarse, a principios de los años sesenta, de la de sus colegas. Para Bateson, la esquizofrenia no ha sido nunca más que un medio de avanzar en la vasta teoría de la comunicación que intenta articular desde fines de los años cuarenta a partir de la cibernetica y de la teoría de los Tipos Lógicos. Si estos trabajos se desvían hacia el estudio de la esquizofrenia, se debe sin duda, por una parte, bajo el impulso del psiquiatra Don Jackson, al que admite en su equipo en 1954 a título de experto en esquizofrenia, y, por otra parte, bajo la presión de ciertas necesidades materiales.¹ Pero su objetivo se sitúa en un nivel muy distinto, que sus colaboradores apenas comprenden.

En un comentario a un largo ensayo de dos investigadores sobre la teoría del doble vínculo, Bateson dirá en 1966:

1. A principios de 1954, la subvención de la Fundación Rockefeller llega a su vencimiento y no es renovada. El equipo de Bateson trabaja seis meses sin cobrar, antes de que éste consiga una subvención de la Fundación Macy para estudiar la «comunicación esquizofrénica». La investigación en psiquiatría —y muy especialmente la investigación sobre la esquizofrenia— va viento en popa en Estados Unidos durante los años cincuenta, y las fundaciones se muestran receptivas y generosas. Bateson dirá más tarde: «Hemos recibido el dinero de la psiquiatría, y nos hemos dejado influir fuerte y desastrosamente por la necesidad de aplicar nuestra ciencia en ese campo» (*in* Sluzki/Ramson [299, p. XII]).

Ante todo permítanme decírselos que, aunque haya cuidado de varios pacientes esquizofrénicos, jamás me he interesado intelectualmente por ellos, *en tanto que tales*.

Lo mismo es cierto con respecto a mi trabajo con las culturas indígenas de Nueva Guinea y de Bali. Mi interés intelectual se ha concentrado siempre en principios generales que estaban a continuación ilustrados o exemplificados por los datos. Quiero saber: ¿de qué clase de universo se trata? ¿Cómo puede describirlos mejor? ¿Cuáles son las condiciones necesarias y los límites de la experiencia de la comunicación, de la estructura y del orden? [15, p. 279].

Es con esta perspectiva cómo hay que comprender de qué modo el doble vínculo se convierte progresivamente para Bateson en un principio abstracto, que se aplica tanto al arte, al humor, como al sueño o la esquizofrenia. Esta idea ya presente en el artículo de 1956, pero poco comentada entonces,¹ consiste en ver en estas diversas actividades un mismo proceso de creación fundado en la inversión de los niveles de mensajes: el comentario se convierte en el texto y viceversa. La única diferencia que verá Bateson entre un esquizofrénico y un artista es la relativa toma de conciencia de su acto en el segundo. Pero ambos demuestran creatividad en su adaptación a una situación particular. Bateson opera así una completa inversión de la perspectiva: *ya no es el doble vínculo en el seno del sistema familiar sino el sistema familiar en el seno de la doble coacción*. Esta no designa ya una relación patógena sino un principio generador de múltiples comportamientos creativos. Puede comprenderse así cómo Bateson no puede aceptar los trabajos que se proponen contar el número de dobles vínculos en el seno de una relación. Para él se trata de un procedimiento tan absurdo como querer contar el número «de murciélagos en un test de Rorschach».²

1. Cf. *Vers une écologie de l'esprit*, t. II [18, p. 29-31].

2. Comparación que hace nuevamente Bateson en su entrevista con Christian Beels, reproducida aquí (p. 283-290 del original). Bateson aborda igualmente este problema de la reificación del concepto en el artículo «El doble vínculo, 1969», incluido en *Vers une écologie de l'esprit*, t. II, [18, p. 42-49].

Esta conceptualización del doble vínculo hace estallar la misma noción de esquizofrenia.¹ En su respuesta al artículo de un psiquiatra que le criticaba y declaraba que «la esquizofrenia es una enfermedad del cerebro, no de la familia», Bateson escribirá en 1977:

Aceptaría (la opinión según la cual) los rasgos aparentes de la esquizofrenia pueden ser producidos por la invasión parasitaria y/o por experiencia, por genes y/o por aprendizaje. Incluso concedería que la esquizofrenia es *tanto* una «enfermedad» del «cerebro» como una «enfermedad» de la «familia», si el doctor Stevens (su interlocutor) concede que el humor y la religión, el arte y la poesía son parejamente «enfermedades» del cerebro o de la familia o de ambos. (*In Berger* [28, p. 236].)

Esta posición de Bateson sobre la esquizofrenia no puede, evidentemente, convenir al mundo profesional de la psiquiatría, no más de lo que éste puede convenirle a Bateson. Desde 1959, las diferencias intelectuales entre Bateson y los miembros de su grupo se perfilan netamente. Mientras que sus colegas prosiguen sus trabajos en el seno de la psiquiatría, Bateson vuelve a su amplia interrogación sobre la comunicación. Regresa a la comunicación animal, que le había fascinado tanto a raíz de su descubrimiento del juego entre las nutrias. Se interesa por los modos de interacción de los pulpos, y luego de los delfines. Para estudiar a estos últimos en un marco seminatural, parte hacia las islas Vírgenes en 1962. Los demás miembros de su equipo permanecen en Palo Alto, en el *Mental Research Institute*, que ha fundado Don Jackson en 1959.

Durante los años sesenta y setenta, Bateson intentará situarse geográficamente e intelectualmente. Pasando del laboratorio de John Lilly en las islas Vírgenes, a la universidad de Hawaii y, posteriormente, a la universidad de California en

1. Observemos que la psiquiatría norteamericana utiliza el término para cubrir un campo muy amplio, que casi se extiende a todo desorden psicótico (cf. Pierre Doucet *in Doucet y Laurin* [89, p. 278-279]).

Santa Cruz, para finalizar en el instituto Esalen de Big Sur, Bateson siembra ideas y reflexiones en diversos públicos, tratando de separar la unidad general de sus trabajos. Esta unidad aparece progresivamente a través del concepto de «espíritu» (*mind*), el cual puede dar la impresión de que recibe una extensión inesperada. Se trata, de hecho, de una ampliación del pensamiento cibernetico en el conjunto de los sistemas vivientes. Para Bateson, «es apropiado utilizar las palabras “espíritu” y “proceso mental” a propósito de lo que sucede en sistemas que contienen múltiples partes»; y añade: «lo que llamo “procesos mentales” son, de hecho, acontecimientos en la organización y la relación entre las partes» [28, p. 49-50]. Así pues, no hay que ver en este «espíritu» un resurgir de ningún mentalismo, espiritualismo o panteísmo. Lo que Bateson denominará «ecología del espíritu» debe más bien entenderse como una tentativa para integrar en el seno de una epistemología nueva un conjunto muy vasto de fenómenos aparentemente muy diferentes pero en realidad muy cercanos por su organización y su funcionamiento. El lenguaje, el aprendizaje, la evolución biológica y finalmente la vida misma figuran en el número de fenómenos que Bateson examina. La amplitud de su visión da un poco de vértigo. Pero Bateson se sitúa finalmente en un punto de vista tan elevado para dominar el conjunto de las ciencias humanas contemporáneas.

En 1972, *Steps to an Ecology of Mind* [16], que reúne sus textos más importantes, aparece en Estados Unidos. Con casi setenta años de edad, Bateson se convierte rápidamente en una figura un poco mítica de un gran público intelectual. Se publican artículos sobre su obra. Le invitan a exponer sus ideas por todo el país. Llega a ser miembro del consejo de regentes de la universidad de California, mientras prosigue impartiendo su enseñanza en el campus de Santa Cruz de esta universidad. Pero en 1978, cuando trabaja en el manuscrito de *Mind and Nature: A Necessary Unity* [20], concebido como una síntesis y una explicación de su pensamiento, se le declara un cáncer de pulmón. Tras una primera intervención quirúrgica, vuelve al trabajo y rechaza toda radioterapia a fin de permanecer lúcido.

Acude a ayudarle Mary Catherine, su hija mayor, nacida de su primer matrimonio con Margaret Mead. El cáncer parece retirarse, tal vez bajo la influencia de un psicólogo que le cuida invitándole a visualizar intensamente su tumor. *Mind and Nature* se publica a principios de 1979. Bateson vuelve a hablar en público¹ e inicia la redacción de otro libro, *Where Angels Fear to Tread*, que no llegará a publicarse. Bateson fallece el 4 de julio de 1980.

Si me permito deslizarme con tal rapidez por los últimos veinte años de la carrera de Bateson, es porque la insistencia sobre los primeros años ha permitido deslindar dos tipos de regularidad en su pensamiento. Ciertos rasgos recurrentes parecen pertenecer al mismo individuo Gregory Bateson y a su educación. Otros parecen pertenecer no tanto a Bateson como a una cierta fracción del campo intelectual norteamericano y, en ciertos casos, a la universidad invisible a la que nos referimos aquí.

Sin entrar en un análisis psicológico, es posible sin embargo señalar una posible relación entre la formación, a la vez informal (ambiente familiar) y formal (Cambridge), que Bateson recibió en entomología y zoología, y su capacidad de observador fino, paciente, minucioso, así como su repugnancia ante la idea de manipulación o de un control de los datos, incluso si éstos están subordinados a preocupaciones teóricas más vastas. Fue durante toda su vida un hombre que mira pero no toca y que se siente muy incómodo si se apercibe, sobre todo en el caso de la relación entre el etnólogo y su informador, de que no puede dejar de tocar si quiere mirar.

Pues bien, Bateson es consciente de sus hechos y gestos más mínimos, físicos e intelectuales. Desde *Naven* hasta la biografía de Lipset [216], que autorizó, Bateson se observó siempre a sí mismo mientras reflexionaba. Así, a *Naven*, que es ya el amontonamiento de un discurso reflexivo sobre un discurso teórico apoyado a su vez en datos etnográficos, le

1. Fue en ese momento, en junio de 1979, cuando concedió a Christian Beels la entrevista reproducida en la tercera parte de esta obra (p. 304).

sigue un «Epílogo 1936» que explicita estos tres niveles y un «Epílogo 1958» que comenta y prosigue, a la luz de la cibernetica, el epílogo de 1936.

Bateson conserva así una visión global del conjunto de su recorrido intelectual. Un cliché encuentra nuevamente su sentido: unidad en la diversidad. Bateson puede dar la impresión de un *dilettante*, pues lo toca todo y de todo se cansa. Esta impresión se revela falsa al considerar el hecho de que, por un lado, se somete constantemente a este método reflexivo y, por otro, reanuda y relanza de manera continua las mismas grandes ideas, que intenta utilizar en campos cada vez más amplios y numerosos.

El método de Bateson, esencialmente deductivo e interdisciplinario, es sin duda reflejo de su formación en Cambridge y del ambiente intelectual que allí reinaba. A pesar de su oposición a la cultura de Cambridge, Bateson sigue siendo muy inglés en esta apariencia de desenvoltura, en este manejo de las comparaciones aparentemente absurdas, en la agilidad de pasar de un ejemplo a otro, de una a otra idea, de una disciplina a otra. En su presentación pública, Bateson seguirá siendo igualmente muy británico, incluso después de vivir treinta años en Estados Unidos. En sus conferencias menciona a menudo el hecho de que es de origen inglés... cuando su acento no lo ha dicho ya todo. En clase, ante sus estudiantes, adopta a menudo la postura «relajada» que consiste en colocar un pie sobre el pupitre y permanecer en pie, con los brazos cruzados sobre la rodilla de la pierna flexionada. Cuando uno mide cerca de dos metros, la silueta así formada es impresionante.

Concentración sobre la elaboración teórica, falta total de especialización en un dominio preciso, rechazo de todo control administrativo de su trabajo... Con estas disposiciones era irremediable que Bateson fuese mal visto por el *establishment* científico norteamericano. No hay que caer en las oposiciones simplistas: el genio profético, original y arremetedor, contra los mandarines tristes y estúpidos. Pero es curioso constatar que Bateson no obtendrá jamás un puesto fijo en ninguna universidad, que se le negarán varias veces, incluso a la edad

de sesenta años, subvenciones de investigación, que obtendrá muy poco de esos signos de reconocimiento que se conceden mutuamente los universitarios: referencias bibliográficas, doctorados honoris causa, presidencias de congresos, etc. Será aclamado, sí, pero con más frecuencia en el exterior de la comunidad científica, por ecólogos, políticos, «cuadros medios» de la psiquiatría, etc.

En un análisis crítico de *Mind and Nature*, la filósofa y socióloga de las ciencias Stephen Toulmin compara a Bateson con el *scout*, con el explorador solitario del Oeste norteamericano [315]. Cuando se establece una comunidad, se aprecia la experiencia del precursor; cuando esta comunidad se abriga, su excentricidad exaspera. Bateson disfrutó de ese ambiguo estatuto. Un pensamiento científico conformista no puede avenirse con sus ideas; un pensamiento científico «posmoderno», como el que emerge, por ejemplo, en Feyerabend [107], no puede dejar de ver en él a un sorprendente visionario.

De Palo Alto a Palo Alto: Don Jackson y el Mental Research Institute

Durante 1954, el equipo de Bateson, hasta entonces formado por Jay Haley, John Weakland y William Fry, se amplía con los servicios de un consultor a tiempo libre, el joven psiquiatra y psicoanalista Don Jackson.

Después de sus estudios de medicina y psiquiatría, en 1947 Don Jackson ingresa en la célebre clínica psiquiátrica de Chestnut Lodge, en el estado de Maryland, y emprende una formación analítica en Washington. Dos influencias preponderantes en la formación de su pensamiento serán Harvey Stack Sullivan y Frieda Fromm-Reichmann, que controlan su labor con los esquizofrénicos. Sullivan ha fundado una teoría analítica de la personalidad basada en la relación interpersonal. A tal título es el representante más conocido de la «Escuela de Washington», constituida por un grupo de psiquiatras que tratan de efectuar una reunión entre su disciplina

y las ciencias sociales.¹ Inspirada principalmente por Sullivan, a fines de los años cuarenta sugiere que la esquizofrenia podría ser el producto de una relación «falsa» entre la madre y el hijo, y propone la expresión «madre esquizofrenógena». Sugiere también que las dificultades que tienen los analistas para tratar a los esquizofrénicos no residen en la incapacidad de éstos para comunicarse —de hecho, los esquizofrénicos se comunican tanto como los demás, si bien en otros niveles y con distintos registros— sino en la incapacidad del analista para controlar su inseguridad ante un paciente que no se deja impresionar fácilmente por sus «actitudes de misionero y demiurgo» [115, p. 272]. Estas tesis, que comienzan a extenderse a principios de los años cincuenta, insisten pues en la necesidad de considerar la esquizofrenia desde el punto de vista de la *interacción*, tanto a un nivel etiológico como terapéutico. Esto es exactamente lo que Bateson propone en su colaboración a la obra *Communication, The Social Matrix of Psychiatry* [268]. Por otra parte, toma como ilustración de esta nueva concepción de la relación terapéutica la «doctrina sullivaniana».

Paralelamente, las proposiciones de la cibernetica naciente sobre el *feedback*, los sistemas automantenidos, etc., comienzan a salir de los círculos especializados y extenderse en las ciencias sociales.

No es pues sorprendente, en cierto sentido, ver que Don Jackson presenta, en enero de 1954, en el hospital de la *Veterans Administration* de Palo Alto, una comunicación titulada «El problema de la homeostasia familiar».² La familia se define en ella como un sistema *homeostático*, es decir, como un sistema que se encuentra siempre en equilibrio interno gracias a fenómenos de *feedback* negativo. Bateson, que asiste en la sala a la exposición, invita a este psiquiatra, que encarna independientemente de él muchas de sus ideas, para que vaya a trabajar con su grupo.

1. Estos psiquiatras publican la revista *Psychiatry*, en la que aparecerán entre otros numerosos artículos de Scheffé y Goffman.

2. Este texto se publica en la presente obra, p. 232.

Jackson no tarda en integrarse en el equipo e influir en él. No es sólo un buen psiquiatra, sino también un hombre de acción. Es él quien impulsa a los demás miembros del equipo para que publiquen la hipótesis del doble vínculo lo antes posible, con el fin de ocupar el terreno, mientras que Bateson quiere esperar todavía. Es igualmente él quien funda en 1959 el *Mental Research Institute* para aplicar las investigaciones del grupo a la psicoterapia.

En efecto, no se tarda mucho en utilizar dos hipótesis del grupo. La primera es del mismo Jackson, que se dedicará a refinárla, fundando así el principio básico de la terapia familiar sistemática. Bajo el término de homeostasia familiar, Jackson se propone considerar la familia como un sistema homeostático gobernado por un conjunto de reglas. Si uno de los miembros de la familia presenta algún desorden psicológico, la intervención del terapeuta no debe limitarse a ese miembro sino extenderse a toda la familia, comprendida como un *sistema patológico que presenta un síntoma*, que es el miembro enviado al psiquiatra. No es que la familia esté desequilibrada por ese miembro enfermo, pues, de hecho, su equilibrio reposa en la enfermedad de éste, que tiende a preservar como tal. Se trata más bien de encontrar *otro equilibrio* para la familia, mediante una reorganización del sistema de relaciones en el que está instalada.

La segunda aplicación de las investigaciones de Bateson y de sus colegas se funda en la hipótesis del doble vínculo. Basándose sin duda en ejemplos proporcionados por Milton Erickson, John Rosen y algunos otros psiquiatras, Don Jackson utiliza una técnica que se apoya directamente en los síntomas expresados por el paciente. Así sugiere a pacientes paranoicos que sean más desconfiados. Si un paciente sospecha que ha escondido un micrófono en su consultorio, con toda seriedad se pone a registrar la estancia con él. Al tratar de extraer las premisas teóricas de su trabajo, Jackson descubre que esta «exhortación paradójica» o «*prescripción del síntoma*» se funda en su principio sobre la estructura del doble vínculo patológico. A semejanza del niño que no puede obedecer ni

dejar de obedecer las órdenes terminantes de su madre, el paciente no puede ni obedecer a la exhortación del psiquiatra (por ejemplo: «¡Desconfie!» —eso sería negar sus propias afirmaciones del tipo: «Es más fuerte que yo»—, ni dejar de obedecerle —lo cual sería comportarse como «normal»), ni presentar sus síntomas habituales. La única solución para él consiste en romper radicalmente con el juego relacional en el que se ha encerrado, para adquirir un juego cuyas reglas domine.

Jackson no es el único autor de este nuevo enfoque en psicoterapia. Sus ideas se han desarrollado en el seno del equipo del MRI. De hecho, Jackson tiene más de clínico que de teórico. Con frecuencia el papel de sus colegas, sobre todo de Watzlawick, será el de encontrar pacientemente el camino que él ha emprendido para efectuar un diagnóstico tan rápido como brillante. Por ello la obra de Jackson es inseparable de la historia del MRI. Importa pues bosquejar un retrato de ese «Instituto de investigación y formación en las ciencias del comportamiento y sociales, centrado en el estudio del hombre en la familia y en la comunidad» (tal es el interminable encabezamiento de los prospectos publicados por el MRI).

En 1959, cuando Don Jackson abre el MRI, su personal consiste en una secretaria, un psiquiatra, Jules Riskin, y una psicóloga, Virginia Satir, cuyo renombre público en Estados Unidos igualaría pronto al de sus mentores. Pero el equipo se amplía rápidamente. En 1961, Jackson contrata a Paul Watzlawick, y en 1962 a John Weakland y Jay Haley. El trabajo se organiza y se especializa. Jackson viaja, habla y escribe mucho sobre la terapia familiar. Haley dirige la revista *Family Process*, a la vez que trabaja con Riskin sobre un análisis de las interacciones verbales en el seno de la familia. Watzlawick analiza, con la ayuda de Janet Beavin, sesiones grabadas. Satir se aplica a la formación de terapeutas.

En 1962, el *National Institute of Mental Health* concede al MRI un subsidio importante para la formación en terapia familiar. Es el primer subsidio de ese género en Estados Unidos. El MRI llega a ser un líder del nuevo movimiento de la

psiquiatría, a la vez como instituto de investigación y como centro de formación.

En 1967, el MRI se convierte además en una clínica psico-terapéutica (no residencial), con la fundación del *Brief Therapy Center*. Bajo la dirección de Richard Fisch, Paul Watzlawick, John Weakland y Arthur Bodin, se proponen utilizar racionalmente las técnicas intuitivas de Jackson y Milton Erickson.¹ El BTC sigue siendo un centro de investigación: acepta muy pocos pacientes y el equipo no cobra por el tiempo que le consagra.

En 1968, Don Jackson desaparece brutalmente. Por la misma época, Jay Haley abandona el MRI y se une a Salvador Minuchin en la *Child Guidance Clinic* de la universidad de Pennsylvania en Filadelfia, mientras que Virginia Satir se convierte en la primera directora del Instituto Esalen. El vacío dejado por estas tres personas será progresivamente colmado por Watzlawick, Weakland y Fisch. Tras un eclipse, el MRI vuelve a tener importancia nacional a principios de los años setenta. Extensión, celebridad y dificultades financieras crecerán paradójicamente de forma paralela. Directores e investigadores se suceden a un ritmo muy rápido. Se multiplican los «proyectos» y «centros» en el seno del MRI, de la misma manera que los terapeutas que desean adquirir ahí una formación, los pacientes que desean ser tratados y los visitantes extranjeros que quieren ser recibidos...

En la actualidad, el MRI cuenta con dos proyectos importantes, además del *Brief Therapy Center*, que se ha hecho célebre en el espacio de quince años en los que el éxito ha superado el cincuenta por ciento.

El proyecto *Soteria* (liberación), establecido en 1971 por Alma Menn y Loren Mosher, es una aplicación de las ideas antipsiquiátricas inglesas de los años sesenta, particularmente las propuestas por la *Philadelphia Association* de Ronald Laing y David Cooper para Kingsley Hall.² Se trata de hacer

1. Cf. Paul Watzlawick, John Weakland, Richard Fisch, *Changements: paradoxes et psychotérapie* [328].

2. Cf. Mary Barnes y Joseph Berke, *Mary Barnes, un voyage à travers la folie* [9].

vivir en comunidad a un grupo de jóvenes esquizofrénicos, con la ayuda de un número igual de «paraprofesionales» que no han recibido formación psiquiátrica especial. Como ya dijeron Fromm-Reichmann y otros en los años cuarenta, la esquizofrenia se considera no como una enfermedad, «sino como un estado específico de la personalidad con sus propias maneras de vivir» [115, p. 273]. En dos casas se alojan varios residentes que proceden de un hospital psiquiátrico próximo, a razón de seis en cada casa. Un grupo de esquizofrénicos tratados de manera más clásica en el seno del hospital vecino sirve como grupo de control.¹

El *Emergency Treatment Center* (ETC), organizado en 1975 por Diana Everstine, se inserta en la tradición de la psiquiatría comunitaria norteamericana, instituida oficialmente por el presidente Kennedy en 1963 (cf. [47]). Partiendo de la constatación de que con mucha frecuencia se requiere a la policía para que juegue un papel moderador en situaciones de crisis familiar (peleas, fugas, amenazas de violencia o de suicidio, etc.), el centro forma un equipo permanente de psicólogos que pueden acudir de inmediato al lugar, tras una llamada telefónica de la policía, del «cliente» o de una tercera persona al corriente de la situación, y tratar *in situ* con la familia en crisis. Los principios de la terapia interaccional del *Brief Therapy Center* son utilizados aquí: el mismo Watzlawick sirve de consultor del equipo.²

Hoy, veinte años después de su creación, el MRI ha adquirido una reputación nacional e internacional [336]. El «grupo de Palo Alto» que Don Jackson y algunos otros impulsaron a principios de los años sesenta constituye una referencia importante en el campo de la terapia familiar. Si Jackson es inseparable del MRI, éste es inseparable del desarrollo de la terapia familiar. Es preciso, pues, inscribir un segundo círculo concéntrico alrededor de Jackson para completar el retrato.³

1. Para más detalles sobre el proyecto *Soteria*, cf. [247; 248; 249].

2. Para más detalles sobre el ETC, cf. [103].

3. Utilizo principalmente los artículos de Guerin [139] y Haley [141; 142], así como el libro de Foley [109].

En los años cincuenta las técnicas psicoterapéuticas, bajo la influencia del psicoanálisis, prescriben preservar el carácter privado de la relación entre el terapeuta y su paciente. El terapeuta no debe tener contactos con la familia y ha de renunciar a filmar o grabar las sesiones. Este es sin duda el motivo de que los investigadores que, entre 1945 y 1955, se aventuran en la terapia familiar lo hagan bajo la cobertura de la investigación universitaria y queden aislados. Habrá que esperar al período comprendido entre 1955 y 1960 para que esos pocos investigadores se den cuenta de que existe una mutualidad de intereses y comiencen a visitarse, a presentar sus trabajos públicamente y a formar una nueva generación de terapeutas.

Mientras que Bateson y su grupo (Jackson, Weakland, Haley) despejan progresivamente la hipótesis de la doble coacción y la insertan en una conceptualización de la familia como sistema homeostático, otros investigadores estudian la misma relación entre esquizofrenia y entorno familiar a partir de trabajos empíricamente «más controlados». En Washington, Murray Bowen y Lyman Wynne, a principios de los años cincuenta, empiezan a hospitalizar no sólo al paciente designado como «esquizofrénico», sino a toda su familia. Por la misma época, Theodore Lidz estudia en la universidad de Yale la hipótesis de un proceso de distorsión de la identidad del niño en una familia cuyos miembros se conducen de una manera «inapropiada» para su edad y sexo. De forma claramente más clínica, buscando menos la obtención de una teoría etiológica que una nueva práctica terapéutica, Carl Whitaker y Thomas Malone se observan mutuamente en su trabajo con pacientes esquizofrénicos y su familia. En Nueva York, Nathan Ackerman experimenta un tratamiento familiar fundado teóricamente en el psicoanálisis. Finalmente, sin hablar propiamente de la problemática de la relación entre esquizofrénido y entorno familiar, Ray Birdwhistell y Albert Schefflen emprenden en Filadelfia un estudio sistemático de las interacciones entre el paciente y su familia, entre el paciente y el terapeuta. En Londres, Ronald Laing y Aaron Esterson fundan sus propios

trabajos sobre las premisas de los investigadores norteamericanos, principalmente Bateson y su grupo [20].

Cuando a principios de los años sesenta coloquios, artículos y seminarios comienzan a confrontar todos estos trabajos, puede percibirse que todos hablan de esquizofrenia y de la necesidad de insertarla en un contexto familiar. Pero, a partir de aquí, las cosas divergen. En un polo se encuentran los teóricos y terapeutas sistemáticos de Palo Alto. En el otro polo, se hallan los analistas, para los que el paciente sigue siendo un individuo y no un sistema familiar (tanto en el plano de la teoría etiológica como en el de la práctica terapéutica), pero que intentan una extensión de los conceptos y los útiles analíticos (especialmente la transferencia) a la familia, considerada como una serie de diáadas.

Los años setenta son más serenos. Se instala un cierto eclecticismo. Empieza a reconocerse por una y otra parte que problemas diversos exigen métodos diversos. Por otra parte, la terapia familiar, bajo sus diferentes formas, se interesa al menos tanto por las neurosis como por las psicosis, y sale igualmente del esquema tradicional de la familia «blanca, anglosajona y protestante» que comprende dos niños de 8 a 15 años. Ciertos terapeutas vuelven a las sesiones individuales o solamente con los padres. Otros, por el contrario, recurren a varias generaciones, varias familias, e incluso los amigos, vecinos y conocidos, con la finalidad de hallar —sin duda un tanto ingenuamente— esta dimensión sociológica «comunitaria» que faltaba a la terapia familiar de los años sesenta. En una palabra, la terapia familiar, fragmentada pero viva, se convierte en un sector plenamente integrado con la psiquiatría norteamericana.

En este contexto general hay que considerar la obra de Paul Watzlawick, el investigador del MRI más conocido en Europa.

De Venecia a Palo Alto: Paul Watzlawick

Nacido en Villach, Austria, en 1921, Paul Watzlawick se educa a la vez en la tradición austriaca del rigor, del respeto a

las ciencias positivas, y a través de las vicisitudes de los años de guerra y posguerra. Tiene la ambición de ser médico, lo cual no es posible en la Austria de 1945. Parte a Italia y, en 1949, obtiene un doctorado en filosofía por la universidad de Venecia. Se apasiona por la filosofía del lenguaje y la lógica (Gödel, Frege, Wittgenstein). Recibe a continuación una formación analítica en Zurich y, a fines de los años cincuenta, enseña el psicoanálisis y la psicoterapia en la universidad nacional de El Salvador. Entre sus cursos y sus consultas, tiene ocasión de leer enormemente. Descubre así los trabajos de Bateson, que son para él una revelación. En 1959, decide pasar de El Salvador a Europa, pero a través de Estados Unidos. En 1960 se encuentra en Filadelfia, en el *Institute for Direct Analysis*, donde Albert Scheflen y un equipo de investigadores estudian diferentes estilos de relación entre terapeuta y paciente a partir de películas analizadas imagen por imagen.¹ Paul Watzlawick se quedará casi un año en Filadelfia y colaborará en la empresa. Si bien concede una prioridad intelectual al trabajo simbólico del lenguaje, toma conciencia, al estudiar esas películas, de la importancia de los demás modos de comunicación en la estructuración en secuencias del comportamiento interactivo. En octubre de 1960, es presentado por Albert Scheflen, el cual conoce su interés por los trabajos de Bateson, y a Don Jackson, que visitan Filadelfia. Este último le contrata para el *Mental Research Institute* que acaba de crear.

En el MRI, Watzlawick abandona muy pronto su pasado analítico. De hecho, recibe un triple shock. El primero se debe a Don Jackson, cuyas capacidades de diagnóstico y métodos de tratamiento le parecen deslumbrantes. El segundo proviene de su encuentro con Gregory Bateson, el gran teórico al que todos consultan en el MRI (aunque no siempre le comprenden a la perfección). El tercero es provocado por el descubrimiento de Milton Erickson, un psiquiatra que utiliza la paradoja como técnica terapéutica desde hace varios años sin lograr explicar

1. Cf. p. 78-79.

claramente por qué y cómo actúa así. Al igual que Jackson, Erickson es un clínico brillante e intuitivo.

Watzlawick integrará progresivamente las lecciones recibidas de estos tres hombres, que son, como dice en una entrevista, los tres gigantes sobre cuyos hombros va a encaramarse.¹

De una manera bastante reveladora, su obra publicada comienza con un análisis del libro de Ronald Laing, *Self and Others*² [321] y un estudio en el que compara las diferentes utilizaciones de la hipótesis del doble vínculo [322]. Gracias a su formación intelectual europea, Watzlawick comprende en profundidad la lógica deductiva en la que se basa el sistema de Bateson. Será así uno de los raros investigadores que subrayará la importancia de la teoría de los Tipos Lógicos en la hipótesis del doble vínculo [322, p. 65]. La mayoría de los investigadores norteamericanos que han tratado de utilizar esta hipótesis han evacuado discretamente ese sistema teórico aparentemente incongruente que no entraba en sus hábitos intelectuales.

Watzlawick prepara a continuación un breve manual pedagógico, titulado *An Anthology of Human Communication. Text and Tape* [324]. Extractos de entrevistas psicoterapéuticas realizadas en el MRI se reproducen en una grabación que acompaña a un texto explicativo. En este último texto, Watzlawick formula de nuevo ciertos conceptos de base de Bateson y muestra cómo se aplican a los ejemplos grabados. Así se forma el embrión de un segundo libro, que escribirá en colaboración con Don Jackson y Janet Beavin. Se trata de *Pragmatics of Human Communication. A Study of Interactional Patterns, Pathologies, and Paradoxes*, que aparece en 1967.³ Sistematizando bajo forma de axioma ciertas grandes ideas batesonianas sobre la comunicación, Watzlawick y sus colegas plantean un marco de referencia muy claro, a partir del cual pueden salir de la ambigüedad original de la homeostasia

1. Esta entrevista se reproduce en la presente obra, p. 338.

2. Título de la traducción francesa: *Soi et les Autres* [200].

3. Título de la traducción francesa: *Une logique de la communication* [327].

familiar, el doble vínculo, la prescripción del síntoma, etc. La obra va mucho más allá de la compilación o de la vulgarización. A la vez por sus ejemplos (especialmente un largo análisis de la célebre obra de Edward Albee, *¿Quién teme a Virginia Woolf?*) y su rigor formal, presenta por primera vez de forma particularmente precisa una suma de nuevas ideas, fundadas en la cibernetica y la teoría de los sistemas, cuya complejidad intrínseca no tenía a menudo en común más que la nebulosidad de su presentación, sobre todo con respecto a Bateson.

Al cabo de veinte años desde su publicación, el texto sigue pareciendo igualmente innovador, criterio al que resisten pocos trabajos científicos. En el seno de nuestra Universidad invisible y de las ideas que circulan en ella, esta obra debe considerarse como un gran clásico, aunque sin perder de vista un particular: el marco de referencia sigue siendo el sistema de interacción diádico, la madre y su hijo, el esposo y la esposa, el terapeuta y su paciente, etc. Cierta que hay una ruptura neta con una psicología monádica en la que el individuo (el sujeto) constituye el fundamento del análisis. Para Watzlawick y sus colegas, la interacción, en tanto que sistema, no se reduce a la suma de sus elementos. Esta es, por otro lado, la razón por la que ellos se insertan en el modelo orquestal de la comunicación. Pero se concede menos atención a las unidades que el antropólogo y el sociólogo toman en consideración (el grupo, la comunidad, la clase social, etc.). La explicación es sin duda muy simple: con excepción de Weakland, Watzlawick y sus colegas no han recibido formación antropológica; sus referencias intelectuales, intereses y preocupaciones se sitúan en el contexto de la psiquiatría. En esto se distinguen claramente de otros miembros de la Universidad, tales como Bateson, Birdwhistell, Hall y Goffman.

Mientras prepara *Pragmatics of Human Communication*, Watzlawick prosigue investigaciones que tienden a hacer más eficaz la consulta en terapia familiar. En un primer momento, trata de sistematizar la entrevista organizándola alrededor de tareas bien definidas. Pide a los padres que se pongan de acuerdo entre ellos sobre la significación del proverbio «Piedra

movediza nunca moho cobija», y luego que lo expliquen a sus hijos [323, p. 259-262]. La finalidad perseguida es ver aparecer así ciertas estructuras de relaciones entre miembros de la familia: alianzas, rechazos, controles, etc. Pero el procedimiento se revela demasiado largo y poco fiable. Watzlawick decide abandonar este marco semiexperimental y emprender el análisis de las técnicas terapéuticas «intuitivas» utilizadas por Don Jackson o Milton Erickson. A menudo un hecho sorprende a Watzlawick: con frecuencia esos magos tienen dificultades para explicar por qué y cómo han tomado tal o cual decisión. Así, Jackson es capaz, simplemente oyendo la grabación de una discusión familiar alrededor de «Piedra malediza nunca moho cobija», de proponer un diagnóstico exacto y muy preciso sobre los problemas de relación que atraviesa la familia estudiada. Pero cuando sus colegas le presionan con sus preguntas, debe reconocer que no sabe demasiado bien por qué la familia le parece así: «¿Cómo has adivinado eso? Bueno, verás, en su forma de reír hay algo...»¹ De la misma manera, Milton Erickson, estudiado durante largo tiempo por Jay Haley [143], es un clínico con técnicas desconcertantes que sus propios escritos explican mal. Tras haber planteado un millar de preguntas muy anodinas, ofrece un brillante diagnóstico o propone una sorprendente combinación paradójica. ¿Cómo ha llegado a ese resultado? Se embarca en largas respuestas que no explican nada.

En el seno del *Brief Therapy Center* creado en 1967 por Richard Fisch, Watzlawick y sus colegas se consagran así a desenredar los diagnósticos y tácticas de Jackson y Erickson, con la finalidad de hacerlos perfectamente racionales y, en consecuencia, adoptables por otros. Utilizando el marco teórico planteado en *Pragmatics of Human Communication*, Watzlawick, Weakland y Fisch proponen en 1974 en *Change. Principles of Problem Formation and Problem Resolution*² un

1. Diálogo mencionado por Paul Watzlawick en una comunicación personal. También Carlos Sluzki recuerda que el mismo Jackson se sorprendía de «sacar conejos de su sombrero».

2. Trad. francesa: *Changements: paradoxes et psychotérapie* [328].

La nueva comunicación

análisis del modo de funcionamiento de la paradoja en psicoterapia, tal como se ilustra en las «prescripciones de síntoma» del tipo: «¡desconfiad!». Watzlawick y sus colegas oponen dos clases de cambio de la situación: el «cambio 1» que consiste en una *modificación en el interior* de un sistema, y el «cambio 2», consistente en una *transformación* del mismo sistema. La resolución profunda de un problema psicológico u otro pasa por un «cambio 2», es decir, por una reorganización de los elementos de un sistema nuevo. Entre los numerosos ejemplos propuestos para sostener esta tesis, los autores evocan la frase de un oficial encargado de hacer evacuar un lugar en ocasión de un tumulto: «Damas y caballeros, he recibido orden de disparar sobre la chusma. Pero como veo ante mí muchos ciudadanos honestos y respetables, les pido que se vayan para que pueda disparar sin riesgo sobre la chusma» [328 p. 101]. Para modificar una situación de tumulto, la solución clásica responde a un «cambio 1». Consiste en responder a la hostilidad por la hostilidad. Así se permanece en el seno de un mismo sistema, en el caso de la espiral de la violencia, lo que, a la larga, no resuelve nada. El oficial efectúa aquí un «cambio 2»: «rebasa la situación del marco que hasta entonces le englobaba a él mismo con la multitud y la enmarca de nuevo de una manera que satisfaga a todas las partes concernidas» [328, p. 102-103]. De modo similar, la prescripción del síntoma por el psicoterapeuta consiste en un nuevo enmarcamiento de la situación tal que ya no se trata de la misma situación. Otra realidad parece y da un sentido diferente a los elementos que la componen. Watzlawick y sus colegas del BTC hacen observar a un delegado comercial tartamudo hasta qué punto su discurso es distinto del de sus colegas. Le ordenan, pues, que continúe tartamudeando, a fin de reforzar su ventaja. En este nuevo marco el delegado se siente más cómodo con sus clientes y observa que su tartamudez disminuye.

La explicación de la intervención paradójica como un nuevo encuadramiento activa otra vez el viejo debate filosófico de la «realidad de la realidad». Watzlawick analiza este problema en un libro titulado *How Real is Real? Communication,*

Una universidad invisible

*Disinformation, Confusion.*¹ A partir de una miríada de ejemplos, hace comprender muy claramente la oposición entre una «realidad del primer orden», que se refiere a las propiedades físicas de los objetos, y una «realidad del segundo orden» que remite a las propiedades sociales (valor, significación) de los objetos. Esta segunda realidad puede ser el objeto de múltiples nuevos encuadramientos, de naturaleza terapéutica o no. Con esta obra, que desborda muy ampliamente el cuadro psicoterapéutico, Watzlawick roza las grandes reflexiones filosófico-lingüísticas sobre las «visiones del mundo» y recuerda ciertos trabajos recientes sobre la «estructura de las revoluciones científicas» (Kuhn [198]) la «construcción social de la realidad» (Berger y Luckman, [29]) o la «organización de la experiencia» (Goffman [134]).

En su última obra, *The Language of Change* [326], Watzlawick vuelve al problema que abordó en *Change* [328]: la explicitación (la salida fuera de los pliegues) del lenguaje terapéutico paradójico. Mientras que el terapeuta clásico traduce el lenguaje del paciente a su lenguaje propio para remontarse a las «fuentes», el terapeuta paradójico utiliza el lenguaje del paciente para modificar su situación presente. Escucha y observa, pero no calla... ordena. Su objetivo es el de cambiar al individuo enfermo, no hacerle tomar conciencia de los orígenes profundos de sus problemas. Interviene en el presente, no en el pasado, y se interroga sobre la forma en que el paciente se ha encerrado en un juego interaccional sin salida, tratando de solucionar por sí mismo el que cree que es su problema. Watzlawick concluye:

Si se renunciara al ejercicio, preconizado desde hace lustros y, sin embargo, inútil, que consiste en buscar con la ayuda de un anamnesis *por qué* un sistema humano ha llegado a funcionar como lo hace, para decidirse a investigar *cómo* funciona *hic et nunc* y con qué resultados, se vería que el verdadero problema se encuentra en lo que ese sistema ha intentado hacer hasta entonces para solucionar su supuesto problema, y que la intervención terapéutica debe centrarse, evidentemente, en esa pseu-

1. Trad. francesa: *La Réalité de la réalité* [325].

dosolución generadora de problemas y constantemente reiterada.¹ [326, p. 164].

Esta es, sin duda, una ruptura brutal con toda teoría de orientación analítica, y uno se siente tentado de relacionar la visión de Watzlawick con la de los terapeutas del comportamiento, los cuales también prescriben a sus pacientes ciertos comportamientos en apariencia paradójicos para hacer desaparecer los síntomas y, a la vez, la enfermedad. Pero ahí termina la comparación, pues el marco teórico de los investigadores del comportamiento, fundado sobre el condicionamiento operante, es fundamentalmente distinto del de la escuela psiquiátrica de Palo Alto. Para Jackson, Haley o Watzlawick, no se trata jamás de castigar o recompensar un comportamiento dado, sino de proporcionar otro *estatuto*, en un marco preceptual nuevo. Además, el terapeuta del comportamiento trabaja con pacientes aislados. La erradicación del síntoma en el paciente tratado puede repercutir en su sistema interaccional. El terapeuta «Palo Alto», que reflexiona desde el punto de vista de la causalidad circular, no puede dejar de tomar en consideración la naturaleza relacional de todo síntoma antes de intentar un «cambio 2».

Pero es preciso detener aquí esas comparaciones y oposiciones. Incluso suponiendo que sean útiles, esta obra no puede cobijarlas. Si volvemos al examen general de la situación emprendido hasta aquí, veremos que, tras partir del proyecto batesoniano de una teoría general de la comunicación, hemos llegado a una teoría de la terapia utilizada por Watzlawick y sus colegas.

Con Ray Birdwhistell, vamos a volver al proyecto de teoría general de la comunicación, poniendo entre corchetes una empresa singular, el establecimiento de una disciplina nueva, la «kinésica». Las proposiciones de Birdwhistell, sobre la comunicación parecerán familiares: se parecen mucho a las que

1. En otros términos, el paciente no es capaz más que de un «cambio 1»; sólo el terapeuta puede operar un «cambio 2».

pueden leerse en *Pragmatics of Human Communication* [327]. De hecho, Birdwhistell comparte con el grupo de Palo Alto un número considerable de elementos comunes, pero tienen dos diferencias importantes. Como hemos visto, el grupo de Palo Alto no se redefine, con excepción de Bateson, en términos antropológicos. Birdwhistell, muy cercano a Sapir, pondrá siempre su reflexión bajo la sombrilla de la antropología, y más concretamente de la antropología lingüística. La segunda diferencia reside en el hecho de que Birdwhistell, al contrario que Bateson, recibirá de pleno la enseñanza de la lingüística descriptiva de los años cincuenta (Trager, Smith, Hockett). El resultado de este cruce de la investigación batesoniana de la comunicación con la sociología y la lingüística dará un pensamiento original pero poco conocido, tanto en Europa como en Estados Unidos, que sólo ejercerá su impacto en algunos colegas como Albert Schefflen y Erving Goffman y algunos estudiantes, como Stuart Sigman, los cuales forman lo que podríamos denominar el «grupo de Filadelfia».

II. ALREDEDOR DE FILADELFIA

La obra oral: Ray Birdwhistell

Birdwhistell es uno de esos pensadores para quienes la escritura constituye un suplicio. Tanto como le agrada exponer oralmente su pensamiento, detesta registrarlo en una página en blanco. En treinta años ha producido un opúsculo y un conjunto de artículos. Quienes llegaran a la conclusión de que se trata simplemente de pereza o de indigencia intelectual se disuadirían en seguida al oírle hablar —o más bien trabajar oralmente— en un seminario del tercer ciclo, en la universidad de Pennsylvania. En sus conferencias hay treinta años de investigación activa que no han encontrado el camino de la escritura. Vamos a dedicarnos aquí a componer la sinopsis de ese libro imaginario.

Del mismo modo que, en cierta medida, puede relacionarse

a Bateson y su pensamiento con sus orígenes semiaristocráticos y con Cambridge, es posible establecer una relación entre la obra de Birdwhistell y su medio de formación. Nacido en 1918 en Cincinnati, Ohio, allí transcurre toda su juventud y sus primeros años universitarios, hasta 1941. Pero regresa con frecuencia al sur, al Kentucky rural de sus antepasados, donde una familia no se compone solamente de padres e hijos, sino también de bisabuelos y hasta de primos lejanos. Durante toda su vida Birdwhistell seguirá siendo un hombre del Viejo Sur, jovial pero cuidadoso de establecer las señales de respeto, abierto pero rehusando el principio de la camaradería fácil. Todo esto son sólo detalles, pero tendrán un papel en el proceso de marginación social de Birdwhistell (que se ampliará con una marginación intelectual) cuando, por necesidad profesional, haya de dirigirse al norte, en especial a Buffalo y Filadelfia.

En 1941 inicia el doctorado en el departamento de antropología de la universidad de Chicago, el más británico de los departamentos norteamericanos de antropología. A principios de los años cuarenta, el departamento vive todavía bajo la influencia intelectual de Radcliffe-Brown, el cual ha impartido allí enérgicas enseñanzas entre 1931 y 1937. Birdwhistell adquiere así una formación básica muy europea. Su *advisor* (consejero pedagógico) es Fred Eggan, el antiguo ayudante de Radcliffe-Brown, mientras que el director de su tesis es Lloyd Warner, un antropólogo formado también según la visión durkheimiana de la sociedad que tiene el maestro inglés.¹

Al igual que Bateson diez años antes, Birdwhistell recibe también un impacto teórico y metodológico de Margaret Mead, la cual le introduce en un grupo de psicoanalistas, antropólogos y psicólogos, entre ellos Gregory Bateson y Ruth Benedict. Pero, progresivamente, a través de diversas tareas sobre

1. En los años veinte, Radcliffe-Brown enseña en Sydney, donde recibe la visita de antropólogos que trabajan entre los aborígenes, como Lloyd Warner, o en una u otra región de Nueva Guinea, como Bateson. Radcliffe-Brown influye considerablemente en el joven Bateson, al que invita a leer *Las formas elementales de la vida religiosa* de Durkheim, antes de emprender su primer trabajo de campo entre los Baining, en 1927.

el terreno, Birdwhistell va a forjarse una posición teórica que sólo le pertenece a él, a pesar de las influencias funcionalistas y culturalistas que pueden encontrarse en ella.

En 1944 estudia grupos de adolescentes en Kentucky y contribuye al estudio comparativo de los *rituales amorosos* que realiza Margaret Mead en Inglaterra. Hacia el final de la guerra, corre un rumor entre las tropas norteamericanas estacionadas en Inglaterra, según la cual las jóvenes inglesas son muchachas fáciles. Paralelamente, corre el rumor entre las jóvenes inglesas que los soldados americanos son unos gamberros. La explicación, reconstituida por Mead y Birdwhistell, es la siguiente. El abordaje amoroso se realiza respetando un cierto número de etapas. Cada etapa franqueada es una luz verde para el abordaje del siguiente objetivo. Pero esas etapas están sometidas a variaciones culturales. En Inglaterra es preciso pasar por una larga serie de puntos intermedios antes de llegar al beso en la boca, y el beso no está muy lejos de la etapa última de la unión sexual. En cambio, en Estados Unidos, el beso en la boca figura entre los pasos iniciales. En consecuencia, cuando el soldado se comporta según las reglas norteamericanas y besa a la joven inglesa en la boca, ésta sólo puede huir o iniciar las maniobras que conducen al coito.

Este breve resumen de las secuencias de la danza que interpretan los enamorados, puede parecer como una caricatura de la descripción de la cópula entre los picones, que por la misma época estudian los etólogos. De hecho, hay que ver más bien en él un esbozo del análisis del comportamiento social según el punto de vista de códigos y reglas, del que más tarde Goffman será el representante más conocido. A mediados de los años cuarenta, esta visión de las cosas es todavía poco común.

A partir de entonces, el joven maestro de conferencias Birdwhistell, que llega en 1944 al departamento de antropología de la universidad de Toronto, no deja a nadie indiferente. Intriga, enerva o apasiona. Intelectualmente, no se llega a clasificarlo cómodamente en la tradición «radcliffebrowniana» de Chicago; empíricamente, no se comprende con exactitud a

dónde quiere ir a parar con sus investigaciones sobre los amores adolescentes; pedagógicamente asombra a sus estudiantes por sus capacidades mímicas: bailarín y actor en su primera juventud, utiliza su cuerpo gigantesco para mostrar cómo se fuma un cigarrillo en las distintas clases sociales o cómo camina una adolescente blanca del Sur cuando sus padres son «*upper middle-class*». Fascina al menos a uno de sus estudiantes, para el que es una revelación: Erving Goffman, que pronto encontrará a Birdwhistell en la universidad de Chicago (donde apenas se verán, pero compartirán los mismos maestros).

Por medio de sus ejemplos expresados en la mímica, Birdwhistell trata de hacer comprender a sus estudiantes lo que el antropólogo y lingüista Edward Sapir, que le interesa cada vez más, había escrito algunos años antes:

Tomemos el ejemplo de los gestos. El individuo y lo social se mezclan en ellos inextricablemente. Sin embargo, somos extremadamente sensibles a ellos, y reaccionamos como si siguiéramos un código, secreto y complicado, escrito en ninguna parte, conocido por nadie y entendido por todos. Ese código no se relaciona con lo orgánico. Por el contrario, es también artificial, debido tanto a la tradición social como a la religión, el lenguaje y la técnica industrial. Como toda conducta, el gesto tiene raíces orgánicas, pero las leyes del gesto, el código tácito de los mensajes y las respuestas transmitidos por el gesto son obra de una tradición social compleja. [277, p. 46.]

OK

Sapir, formado en la escuela de Franz Boas, como Margaret Mead, había trado de formular una *teoría de la cultura que integrara el comportamiento individual*. A través de los ejemplos tales como la interacción de la voz, la gestualidad, la respiración, Sapir hace comprender que el dominio del antropólogo o del sociólogo no se limita a las grandes instituciones y estructuras: no hay unos objetos de estudio reservados por su naturaleza al psicólogo y otros al sociólogo. Solamente cambia el punto de vista. «No hay ninguna diferencia entre una respiración, a condición de interpretarla como un comportamiento

social, y una religión o un régimen político», escribirá [277, p. 37]. Si todo comportamiento individual se convierte, según cierto punto de vista, en comportamiento social (cultural), esto quiere decir también, a su vez, que la cultura no puede concebirse como una entidad puramente supraindividual. Lo social pasa por lo individual: «al cambiar de informador (el antropólogo) cambia necesariamente de cultura» [277, p. 83]. Como Ferdinand de Saussure, Sapir elabora una distinción entre lengua y habla. Mas, para Sapir, el habla no es solamente el hecho del individuo, sino que es también un hecho social. Así, pues, es posible una *antropología del habla*, de la misma manera que una *antropología de la gestualidad*.

Hallamos todo esto en el contorno de Ray Birdwhistell cuando imita a una *lady* del Viejo Sur en su tarima de la universidad de Toronto. Junto a la intención pedagógica, hay también una voluntad de comprender personalmente cómo se articula la relación del cuerpo con la sociedad.

El estudio de Bateson y Mead, *Balinese Character* [23], le ha encarrilado por esa vía. Recordemos que los autores han puesto de manifiesto, a través del análisis de 700 fotografías, toda la importancia del cuerpo y de la gestualidad en la inculcación de los modelos culturales balineses. A través de sus experiencias corporales (contactos con la madre, higiene y cuidados, aprendizaje de la marcha, la danza, la zozobra, etc.) el niño balinés se convierte progresivamente en un miembro de su cultura. Birdwhistell obtiene una primera confirmación de este análisis al observar el «ritual» amoroso de los adolescentes de Kentucky. El cuerpo enamorado no se comporta según los impulsos del momento, sino que parece obedecer a un «código secreto y complicado», que los miembros de una misma cultura han integrado conscientemente. ¿Pero cuál es ese código? ¿Cómo delimitarlo? Birdwhistell acumula más preguntas que respuestas. Al estudiar una comunidad de indios Kutenai, al sudoeste de Canadá, se da cuenta de que la gestualidad de los indios bilingües cambia cuando pasan del kutenai al inglés. El investigador interpreta ese cambio como una imitación del hombre blanco. Pero tiene la impresión de que

esa no es la respuesta definitiva. Al regresar a su país, para ocupar un puesto en la universidad de Louisville, tiene ocasión de estudiar una película sobre el político neoyorquino Fiorello La Guardia, que habla correctamente italiano, yiddish e inglés norteamericano. Birdwhistell muestra fragmentos de la película a varias personas que conocen esas tres culturas. Todas pueden determinar qué lengua utiliza La Guardia a cada momento. Como en el caso de los indios kutenai, hay algo más que una representación de actor. Parece que, al cambiar de lengua, el hombre cambia también de lenguaje corporal.¹

Por otra parte, Birdwhistell busca pistas en la literatura. Desde hace varios años colecciona referencias sobre el cuerpo y el gesto. Dos grandes categorías de trabajos reflejan las concepciones del cuerpo admitidas tradicionalmente.

La primera categoría comprende todos los diccionarios del cuerpo. Desde hace siglos, el cuerpo se divide en signos, que son traducidos a sus equivalentes lingüísticos. Los trabajos de ese género más antiguo se basan en la fisiognomía, cuyo postulado es muy simple. Los signos corporales, surgidos del animal que llevamos dentro, son eminentemente naturales, y permiten a quien conoce su significado ser una persona advertida. Una nariz abombada significa bondad; unas cejas espesas significan brutalidad, etc.² Los trabajos más recientes responden a la psicología o la psiquiatría. Suponiendo que el cuerpo es más natural que el lenguaje y por lo tanto ofrece una expresión más primitiva y verdadera de los estados emocionales, muchos autores han tratado de formular un «lenguaje del cuerpo». Tal composición del rostro expresa la tristeza; tal arqueo del tronco traduce la timidez, etc.³

1. Gregory Bateson publica en 1951 un «metálogo» (una conversación imaginaria con su hija) titulada «¿Por qué los franceses...?» [17, p. 30-34], en el que dice especialmente: «El hecho es que las “simples palabras” no existen. No hay más que palabras acompañadas de gestos, interacciones u otras cosas parecidas.» De la circulación de ideas en el seno de la Universidad invisible.

2. Esos trabajos están lejos de haber desaparecido. Cf. Desmond Morris, *Manwatching* [246].

3. Esos trabajos prosiguen activamente hoy día. Cf. Paul Ekman, «La expresión de las emociones» [94].

La segunda categoría comprende todos esos trabajos que coleccionan las palabras gestuales utilizadas en tal o cual comunidad (cultural o monástica), tal disciplina artística (ballet, mime, ópera) o tal celebración religiosa. El cuerpo se concibe así como portador de signos, pero signos explícitamente convencionales, y se trata simplemente de transportarlos de un código a otro código, la escritura.

Birdwhistell estima que su investigación trabaja en otro sentido. Para él, los trabajos que explicitan el sentido depositado intencionalmente en el cuerpo interesan antes que nada al folklórico, no al antropólogo que estudia el comportamiento social cotidiano y la comunicación interpersonal. Por otro lado, los trabajos que se proponen revelar el sentido oculto del cuerpo y de sus gestos, fundan su método en una ecuación entre signo y sentido que Birdwhistell no puede aceptar. Según él, el cuerpo se descuartiza en esos trabajos como un carnero en el matadero, y se asigna a cada «pedazo» una significación precisa, independiente de todo contexto. Cada gesto recibe una etiqueta, que resiste al tiempo, a la cultura y a los diferentes usuarios. Pues bien, Birdwhistell constata que la cultura no parece haber dado al cuerpo y la gestualidad funciones de semáforo. Así, al estudiar la organización social de una comunidad rural muy rigorista de Kentucky, se da cuenta de que una persona de mala salud (pero todavía lo bastante animosa para salir y hablar) presenta una composición corporal muy «típica», que describe de la siguiente manera:

Esto incluye la retracción del cuero cabelludo, un estrechamiento de la piel en la frente (con reducción de las líneas superciliares), una reducción de la sonrisa, una posición muy erecta del torso, una reducción de la velocidad del movimiento de la marcha (disminuye la oscilación anterior y posterior de la pantorrilla) y un aumento de la fijación del pie (ambos pies planos sobre el suelo —del talón al metatarso— en posición de pie o sentado). [42, p. 209].

Como se ve, la significación «mala salud» no se refiere a un solo gesto o una mimica en particular, sino que la *relación*

entre diferentes elementos, reunidos en el mismo momento en una sola persona, es lo que da el sentido. En otras palabras, la significación flota y no cristaliza más que en un contexto definido. Este contexto comprende sobre todo una dimensión temporal muy importante. Así, Birdwhistell observa que la persona con mala salud puede hundir los hombros algunos segundos antes de recobrar el dominio de sí mismo. Este comportamiento no aparece más de una vez cada cuarto de hora en los hombres adultos. De lo contrario la significación cambia: el entorno considera al hombre como un simulador o un quejica. Pero este ritmo y su significación están reservados a los hombres adultos. Las mujeres, los niños y los viejos pueden repetir este movimiento con mucha más frecuencia sin que se les considere mal.

Para Birdwhistell, la imagen corporal de la buena o mala salud está, pues, condicionada por un conjunto de definiciones, demoras y obligaciones culturales. El cuerpo no está sólo dirigido desde el «interior», como quisiera la semiología médica clásica o el sentido común. Está además gobernado por una especie de código de la «presentación de uno mismo en público» (por tomar una expresión de Goffman, muy próxima en este caso al pensamiento de Birdwhistell). Así pues, no puede atribuirse una significación universal a partir de ciertas invariantes biológicas a tal postura o gesto. Cada cultura, y en su seno cada contexto interaccional, utiliza el substrato fisiológico para elaborar una significación socialmente aceptable. En una segunda comunidad rural de Kentucky estudiada por Birdwhistell, cuando uno no goza de buena salud no tiene por qué permanecer en su silla erguido y firme como si no le pasara nada. En primer lugar, ese comportamiento no significaría en modo alguno que está enfermo. Entre otros rasgos característicos de la presentación de uno mismo como «enfermo» en esa comunidad, Birdwhistell destaca que la parte superior del tronco y los hombros se doblan hacia delante, el vientre se relaja y «los brazos y las manos pueden pender a los costados y oscilar muy lentamente» [42, p. 260]. A continuación, un comportamiento taciturno puntuado por debilitamientos se-

guidos de enderezamientos, no sería muy apropiado. En esta comunidad, la mala salud es un asunto público en el que el enfermo y sus comentadores intercambian síntomas, diagnósticos y remedios:

En cuanto el aspecto enfermizo de la persona ha hecho formular una pregunta a su interlocutor, el cuerpo de aquel vuelve a adquirir tono y emprende una recitación verbal de los síntomas acompañada de designaciones, caricias y frotamientos de los elementos corporales ostensiblemente implicados en el asunto. Incluso las personas que en apariencia están realmente sanas (según el diagnóstico del médico), se animan, su mirada se despabilta, abren la boca y su cuerpo responde cada vez más a la conversación [42, p. 210-211].

Este enfoque etnográfico no satisface todavía a Birdwhistell, el cual querría formalmente hacer aparecer el código que evoca Sapir. En 1952, cuando termina su doctorado, le invitan a título de experto al *Foreign Service Institute*, de Washington.¹ Allí encuentra, entre otros, a los lingüistas George Trager y Harry Lee Smith, y al antropólogo Edward T. Hall. Trager elabora con Hall un esquema general de análisis de la cultura fundado en los principios de la lingüística descriptiva.² Invitará a Birdwhistell a aplicar esos mismos principios de la gestualidad. El método descriptivo consiste en dividir claramente el análisis del lenguaje en niveles y trabajar según unidades cada vez más complejas. En el nivel inferior, las unidades son los *fonemas*, es decir, la treintena de sonidos utilizados en una lengua dada entre los millares que el aparato fonador puede

1. El Foreign Service Institute, creado al finalizar la Segunda Guerra mundial, es un instituto de investigación y de formación dependiente del Departamento de Estado (Asuntos Exteriores) en el que los futuros diplomáticos reciben cursos acelerados de idiomas, de introducción a diferentes culturas, etc.

2. La lingüística descriptiva norteamericana se compone de diversos trabajos que, entre 1925 y 1955, tratan de describir sistemáticamente las lenguas y extraer de ellas ciertas hipótesis generales sobre el lenguaje. Noam Chomsky criticará muy duramente este enfoque, que caerá casi por completo en desuso en el curso de los años sesenta. Un estudio más sereno de esta lingüística debería ser posible en la actualidad, sobre todo al releer los textos que la fundaron más que los comentarios de sus adversarios. [192].

producir, combinándose entre ellos para dar, en el nivel siguiente, los *morfemas*, próximos a las palabras de la lengua. En el nivel superior, los morfemas se organizan según leyes sintácticas para formar *proposiciones*. Finalmente, estas proposiciones constituyen un *enunciado* que se integra en un *discurso*.

Para Birdwhistell, este procedimiento de investigación rigurosa debería permitir extraer el principio que se encuentra en la base de los diversos datos etnográficos que ha recogido hasta entonces.¹ Se propone determinar los *kinemas* (análogos a los fonemas) del sistema kinésico norteamericano con la ayuda de informadores, a la manera de un antropólogo que trata de reconstituir el sistema fonológico de una lengua desconocida. Este trabajo se funda en la hipótesis de una selección cultural de algunas posiciones corporales entre las miles que pueden producir el cuerpo (y especialmente el rostro) en movimiento. Con la ayuda de personas que viven esta cultura en el interior, es preciso encontrar de nuevo las posiciones utilizadas en su sistema kinésico. Para Birdwhistell, ésta sería la relación fundamental entre cuerpo y cultura. Así delimita poco a poco una cincuentena de kinemas, que reciben una grafía propia, a fin de permitir una descripción más cómoda. Birdwhistell propone combinar a continuación los kinemas en *kinemorfemas*. Por ejemplo, el kinema «ojos izquierdo cerrado» se combina con el kinema «pinza orbital izquierda» para formar el kinemorfema «guíño». En el siguiente nivel, el de la sintaxis, los kinemorfemas se combinan en *construcciones kinémórficas* (correspondiente a las proposiciones).

Birdwhistell será el primero en criticar esta construcción formal, propuesta en 1952 en *Introduction to Kinesis* [32].²

1. El método de la kinésica se presenta con más detalle en una nota que acompaña al texto de Birdwhistell (p. 166).

2. A pesar de su difusión restringida y su alto tecnicismo, la obra tuvo un éxito de público importante. La prensa local y nacional describió a Birdwhistell como quien al fin había descubierto el código secreto de los gestos y, en consecuencia, saber «leer» a todo el que se acerca a él. El Capp, el dibujante de *Li'l Abner*, evoca al profesor Birdsong, en una de sus historietas semanales, publicadas en varios centenares de periódicos norteamericanos. Walt Disney le propuso abandonar la universidad para ir a instalarse a Hollywood, con el fin de mejorar las técnicas de representación de los gestos en los dibujos animados...

Por una parte, todavía se distingue demasiado claramente lenguaje y gestualidad. Ahora bien, los dos sistemas parecen intrínsecamente enlazados, como sugieren los datos sobre los kutenai que hablan inglés. Por otro lado, los análisis kinésicos realizados hasta entonces aislan al individuo: pero el individuo aislado no es el que interesa a Birdwhistell, sino que trata de comprender cómo está construido el código de interacción social.

Tras su estancia en Washington, Birdwhistell regresa a la universidad de Louisville.¹ En 1956, se le ofrece la ocasión de emprender una investigación kinésica en profundidad: el lingüista Norman Mc Quown le invita a integrarse en un equipo de psiquiatras y de lingüistas del *Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences* en Palo Alto, para un estudio de los procesos de interacción.

Birdwhistell invita, a su vez, a Gregory Bateson, que acaba de realizar en el marco de sus investigaciones sobre el doble vínculo varias películas en familias en las que uno de sus miembros sigue un tratamiento psicoterapéutico. Bateson presenta especialmente en el centro la película *Doris*, en la que se entrevista con una joven, Doris, mientras que el hijo de ésta, Billy, entra y sale del campo. El equipo decide emprender un

1. Sin duda puede verse en este hecho un indicio de su marginación en el seno de su disciplina. Mientras que los doctores (en filosofía) salidos de la universidad de Chicago son objeto de una demanda muy fuerte, Birdwhistell enseña en una universidad que no está reconocida por la élite intelectual del país. Pero su posición periférica no corresponde con una inserción en una red de investigadores marginales, brillantes y prestigiosos, que conocen una situación bastante parecida a la suya: Gregory Bateson, que, como hemos visto, ha vivido siempre de subvenciones e invitaciones una detrás de la otra, Margaret Mead, quien no obtuvo nunca una cátedra completa, Marshall McLuhan, al que sus colegas del departamento de inglés de la universidad de Toronto nunca han tomado muy en serio. Los miembros de nuestra Universidad invisible se reunen con frecuencia. McLuhan les incita a participar en la revista *Explorations*, que dirige con el antropólogo Edmond Carpenter (cf. [66]). De 1951 a 1954, Birdwhistell les invita anualmente a Louisville para celebrar un coloquio sobre la Cultura de la Comunicación. Otro lugar de encuentro es Princeton, donde entre 1954 y 1958, sobre todo a instigación de Margaret Mead, tiene lugar una serie de cinco conferencias de la Fundación Macy. El tema ya no es encontrar otros investigadores muy conocidos pero mal admitidos por el establishment universitario norteamericano, tales como Erving Goffman, Erik Erikson y Konrad Lorenz.

triple análisis (psicológico, lingüístico, kinésico) de ciertas secuencias de la película. Consagran los tres meses del verano de 1956, seguidos de múltiples sesiones de trabajo que se extienden durante diez años. Para Birdwhistell, que se dedica a fondo a este proyecto, se trata de un período de creación intensa, en el que puede confrontar sus ideas con las de Bateson y otros investigadores eminentes de manera regular. Concentra su atención en nueve segundos de la película en los que se ve a Bateson encendiendo el cigarrillo de Doris. Trabajando imagen por imagen, con o sin sonido, en cámara lenta o acelerada, Birdwhistell tiene así ocasión de estudiar de un modo extraordinariamente minucioso la textura de la interacción. Cuando se reúnen todas las colaboraciones (en unas immensas láminas de transcripción kinésica y paralingüística con 143 entradas...), está preparado para la edición una obra monstruosa pero fascinante titulada *The Nature History of an Interview* (la historia natural de una entrevista) [236]. Pero ésta se revela demasiado onerosa y el manuscrito se almacena finalmente en la biblioteca de la universidad de Chicago.¹

De esta experiencia interdisciplinaria, Birdwhistell extrae dos conclusiones importantes. En primer lugar, ya no le es posible concebir un estudio aislado del lenguaje o de la gestualidad. Uno y otro sistema forman parte de un conjunto más amplio. El indio kutenai que hablaba inglés no imitaba sólo al hombre blanco, sino que cambiaba de sistema global de comunicación. En varios trabajos publicados en el curso de los años sesenta [36; 38], Birdwhistell estudia los *marcadores kinésicos* que acompañan a los pronombres y los adverbios, así como los *kinemas de acentuación* y de *unión* que puntuán, dividen y unen los elementos del flujo verbal. Una clara ilustración de estas investigaciones se encuentra en un artículo de Scheflen [285], que lo extrae de un trabajo no publicado de Birdwhistell (cf. p. 73).

Birdwhistell rechaza la idea tradicional según la cual el

1. El capítulo introductorio, escrito por Bateson, se reproduce en la presente obra (p. 120), al igual que la «escena del cigarrillo» de Ray Birdwhistell (p. 166).

gesto es una especie de marco un poco superficial alrededor del lenguaje. Para él, gestualidad y lenguaje se integran en un sistema constituido por una multiplicidad de modos de comunicación, tales como el tacto, el olfato, el espacio y el tiempo. Si se reserva un lugar tan importante al lenguaje en las investigaciones sobre la comunicación interpersonal, es sin duda porque el lenguaje es un modo de comunicación esencial, pero también porque los trabajos sobre los otros modos están todavía muy poco desarrollados. Para Birdwhistell no es, pues, posible determinar una jerarquía de los modos de comunicación según la importancia en el proceso interaccional. Si el modo verbal lleva con mayor frecuencia la información intencional explícita, otros modos aseguran funciones igualmente necesarias para el buen desarrollo de la interacción. Birdwhistell distingue así la actividad de transferencia de la información nueva (*new informational*) de la actividad integrativa (*integrational*). Esta comprende todas las operaciones de comportamiento que:

1. mantienen el sistema en operación;
2. conservan su regularidad en el proceso interaccional;
3. operan una serie de verificaciones cruzadas a fin de asegurar la inteligibilidad del mensaje en su contexto particular;
4. ponen este contexto particular en relación con contextos más amplios en los que la interacción no es más que una situación especial. [42, p. 86-87].

Para Birdwhistell no existe la significación de *un* gesto, sino que el gesto se integra en un sistema interaccional de múltiples canales, que se confirman o se invalidan mutuamente. La única traducción lingüística podría ser: «todo va bien, seguimos adelante», o «cuidado, hay un problema». Por ejemplo, el hombre adulto con mala salud de la comunidad rural de Kentucky que se abate o se recupera con demasiada frecuencia despierta la sospecha de sus interlocutores. Estos toman simultáneamente en consideración varias dimensiones de la interacción. Si todas funcionan sin contradecirse, no se dispara nin-

La nueva comunicación

Movimientos de cabeza como marcadores



Voy a ir al centro luego iré a casa de Bill ...



... Luego iré a casa ¿Qué vas a hacer?

Los párpados como marcadores



... Luego iré a casa ¿Qué vas a hacer?

Movimientos de mano como marcadores



... Luego iré a casa ¿Qué vas a hacer?

Fig. 5 — Algunos marcadores kinésicos de la sintaxis norteamericana, según R. Birdwhistell (*in* [285]).

Una universidad invisible

guna alerta: «todo va bien, seguimos adelante». Si, por el contrario, el desarrollo de un comportamiento a lo largo de un «canal» (por ejemplo, el hundimiento y el enderezamiento de los hombros) parece contradicho por otra dimensión de la interacción (por ejemplo, el ritmo de realización de ese movimiento, demasiado rápido en relación a las normas latentes de la comunidad), se despierta la atención de los interlocutores: «cuidado, hay algo que no es como debiera ser». Birdwhistell no opone el habla al cuerpo como la mentira a la verdad o lo consciente a lo inconsciente, sino que concibe simplemente el comportamiento interindividual como una «corriente de comunicación» (*communicational stream*) dotada de múltiples balizas.

Esta concepción de la comunicación como un proceso plural permanente es compartida por todos los demás autores aquí estudiados. La hipótesis del doble vínculo desarrollada por Bateson y su equipo se ha construido sobre esta base, al igual que la pragmática de la comunicación de Watzlawick y sus colegas. También Hall y Goffman dirán, cada uno a su manera, cómo «no es posible dejar de comunicarse». La segunda conclusión que le inspira *The Natural History of an Interview* es que hay que ver la comunicación como un sistema (un proceso) en el que los interlocutores *participan*. Decir que el individuo A comunica una multitud de mensajes verbales y no verbales al individuo B es utilizar de nuevo el modelo telegráfico en el que la comunicación se considera como una sucesión de acciones y reacciones:

Un individuo no se comunica, sino que toma parte en una comunicación en la que se convierte en un elemento. Puede moverse, producir ruido..., pero no se comunica. En otros términos, no es el autor de la comunicación, sino que participa en ella. La comunicación en tanto que sistema no debe pues concebirse según el modelo elemental de la acción y la reacción, por muy complejo que sea su enunciado. En tanto que sistema, hay que comprenderla al nivel de un intercambio. [34, p. 104].

Para Birdwhistell, hablar de «participación en la comunicación» en lugar de «comunicación con» no es una simple afectación intelectual. Por dos razones.

La primera razón la proporciona el análisis de la «escena del cigarrillo», que le revela la existencia de un fenómeno de «sincronía interaccional».¹ Cuando la película se proyecta muy lentamente, los participantes parecen bailar un ballet perfectamente acabado. Los cuerpos oscilan al mismo ritmo; Bateson tiende el brazo hacia Doris en el preciso instante en que ésta flexiona el cuerpo hacia delante. Ambos se yerguen y orientan sus cuerpos hacia la cámara en la misma fracción de segundo. Los dos parecen participar en un sistema interaccional que está por encima de su comportamiento individual.

La segunda razón es de naturaleza teórica: Birdwhistell concibe la comunicación en términos sistémicos. Aunque no utiliza el vocabulario de la cibernetica o de la teoría general de los sistemas, ha integrado los principios de su epistemología a través de su utilización de la lingüística descriptiva. Desde el momento en que se considera un gesto o un habla no en sí mismos, sino en su relación con otros gestos y otras hablas, ya no es posible considerar al individuo y sus actos sin insertarlos en un contexto al menos diádico. Birdwhistell habla de análisis de contexto y no de contenido. El análisis no se centra en el contenido del intercambio, sino en *el sistema que ha hecho posible el intercambio*. Este sistema es la comunicación, que recibe una prioridad conceptual sobre el sujeto que se inserta en ella.

Una vez más, este punto de vista es compartido por el conjunto de investigadores reunidos en esta obra. Pensamos especialmente en Jackson, para quien la familia es un sistema gobernado por reglas. Pero aquí se abre una diferencia importante entre el antropólogo y el psiquiatra. Para Jackson, así como para Watzlawick y sus colegas, el sistema no se extiende

1. La expresión es de William Condon, el cual, bajo la influencia de Birdwhistell, pondrá de manifiesto, tras una serie de estudios extraordinariamente pacientes, la organización temporal de una interacción [79]. Edward T. Hall presenta las investigaciones de Condon en *Beyond Culture* [159, cap. V].

más allá de la pareja o de la familia y no recibe el nombre de comunicación. De la misma manera que Bateson invierte la relación entre esquizofrenia y doble vínculo —considerando la esquizofrenia en el seno del doble vínculo con el arte y el humor—, Birdwhistell invierte la relación esperada entre el grupo y la comunicación y concibe ésta como un proceso permanente tan vasto como la cultura.

En este momento, el concepto pierde sin duda su operatividad inmediata, al modo del doble vínculo entendido como una matriz generadora de formas múltiples. Pero obtiene una universalidad tal que llega a ser en el campo cultural una fuerza análoga a la gravitación en el campo de los fenómenos físicos. Birdwhistell lleva así el concepto hasta sus límites extremos:

La comunicación podría considerarse, en el sentido más amplio, como el aspecto activo de la estructura cultural (...). Lo que trato de decir es que la cultura y la comunicación son términos que representan dos puntos de vista o dos métodos de presentación de la interrelación humana, estructurada y regular. En «cultura» el acento se pone en la estructura, en «comunicación», en el proceso. [42, p. 251].

Después de todo, Sapir no había dicho realmente otra cosa cuando escribió: «Toda estructura cultural y todo acto individual de comportamiento social suponen una comunicación implícita o explícita» [278, p. 92]. Podemos ver así cómo la trayectoria intelectual de Birdwhistell hace una especie de rizo. Partiendo de un pensamiento muy poco familiarizado, fundado en la investigación etnográfica, Birdwhistell se entrega a un análisis formal de microactos, antes de volver escalonadamente a un pensamiento muy abierto, fundado de nuevo en la antropología. La kinésica constituye finalmente para él una especie de travesía del desierto, de la que sale después de largo tiempo, cuando eran muchos los que le creían enterrado en ella. Efectivamente, durante mucho tiempo Birdwhistell creyó en la posibilidad de hacer surgir en su estructura el «código

secreto y complicado» de Sapir. Pero, al final de los años sesenta, tuvo que declarar:

Durante varios años he esperado que una investigación sistemática revelara un desarrollo jerárquico estricto en el que los kines podrían derivarse de las articulaciones, los kinemorfos de los conjuntos de kines, y que los kinemorfos estarían constituidos por una gramática que habría podido considerarse como una frase kinésica. Si bien se han dado pasos alentadores en ese sentido, me veo obligado a decir que, hasta ahora, he sido incapaz de descubrir semejante gramática. Igualmente he sido incapaz de aislar la simple jerarquía que buscaba. [42, p. 197].

A partir de entonces vuelve a ocuparse de cuestiones mucho más vastas, que sólo puede abarcar el trabajo antropológico. Así, en el caso del beso, hoy se interrogaría no sobre su duración sino sobre su alcance en tanto que acto social, apropiado en ciertos contextos y no en otros (en términos de lugar, tiempo, edad, sexo, etc.).

Tras su estancia de 1956 en Palo Alto, Birdwhistell trabaja tres años en la universidad de Buffalo, con Trager y Smith, y luego se reúne con Albert Scheflen en Filadelfia. Durante casi diez años, instalados en el *Eastern Pennsylvania Psychiatric Institute*, los dos hombres trabajan en estrecha colaboración sobre diversos proyectos de investigación.

Desde 1970 enseña en la universidad de Pennsylvania, donde encuentra entre sus colegas a su antiguo alumno de Toronto, Erving Goffman. Forma a investigadores en comunicación, a los que introduce no tanto a la kinésica como a Durkheim, Sapir, Radcliffe-Brown y a los métodos etnográficos. Stuart Sigman es uno de sus estudiantes actuales, y aquí le estudiaremos especialmente a tal título.

Volviendo ahora hacia Albert Scheflen, miembro del equipo científico de Birdwhistell a lo largo de los años sesenta, vamos a descubrir una obra complementaria de la de éste, pero menos original. Scheflen propone un método de investigación inspirado en la lingüística descriptiva, que él denomina «aná-

lisis contextual». Birdwhistell ha jugado un papel importante en la elaboración de este método, pero a Scheflen corresponde el mérito de haberlo descrito y utilizado [291]. De manera más explícita que su mentor, coloca igualmente su trabajo teórico en el marco de la teoría general de los sistemas y, aún más globalmente, en la visión batesoniana de una nueva epistemología.

La obra explícita: Albert Scheflen

En la red intelectual presentada aquí, predominan dos formaciones científicas: la antropología y la psiquiatría. Bateson, Birdwhistell, Hall y Goffman corresponden a la primera. Jackson, Watzlawick y Scheflen a la segunda. Pero a partir de aquí, como hemos visto, todo se embrolla. Todos ellos abandonan su «matriz disciplinar» (Kuhn) para emprender una especie de periplo a través de las ciencias humanas... que, evidentemente, les hace sospechosos a los ojos de los guardianes de las ortodoxias. Scheflen no constituye una excepción a esta regla.

Albert Scheflen recibe en 1945 su título de MD (*Medical Doctor*) por la universidad de Pennsylvania. Tras algunos años en la *Navy*, emprende una especialización en neurología y neuropatología. Después se bifurca hacia el psicoanálisis. Terapeuta analítico a mediados de los años cincuenta, entra en la corriente de la terapia familiar y se une a Don Jackson, Carl Whitaker, etc. En 1956 es nombrado profesor de investigación en psiquiatría en la universidad de Temple, Filadelfia, e instituye con otros investigadores el *Institute for Direct Analysis*, en cuyo seno un grupo de psiquiatras invitan a sus colegas a realizar una serie de sesiones que son observadas y analizadas colectivamente, con la finalidad de estudiar diversas técnicas de intervención.

Al cabo de algún tiempo, Scheflen constata que su investigación desemboca en un callejón sin salida. Cuando los psiquiatras informan libremente lo que han visto, deben constatar que cada uno ve cosas diferentes. Si se les pide que trabajen a

partir de casillas y cuestionarios, el único consenso estadísticamente significativo entre los «jueces» se obtiene de aquellos que efectúan su análisis con el mismo didáctico.

Para tratar de ponerse de acuerdo, el equipo intenta entonces trabajar «objetivamente». Se aislan, cuentan, miden y ponen en correlación «variables» de comportamiento: cabeceos, pataleos, número de verbos y de sustantivos, etc. Pero no sirve de nada. Finalmente, los investigadores publican por separado su «visión» respectiva. Scheflen publica la suya en 1960 [283]. Su explicación de este fracaso es interesante porque permite comprender el motivo por el que Birdwhistell, invitado a título de experto en 1958, tendrá tal impacto sobre Scheflen:

Habíamos llegado al dilema que caracterizó a numerosas ciencias humanas en los años cincuenta: estábamos atrapados entre el subjetivismo y el reduccionismo. Las concepciones de los clínicos experimentados podían abarcar una visión de conjunto, pero esos sobrevuelos no eran reproducibles o explicables. Por otro lado, los pequeños fragmentos de comportamiento que habíamos medido nos informaban sobre ellos mismos con una cierta objetividad pero no nos ofrecían una imagen del conjunto de los procesos psicoterapéuticos. [291, p. 4].

El método que propone Birdwhistell es el que ha iniciado en el análisis de la película *Doris*, con motivo de la investigación titulada *The Natural History of an Interview*.¹ Por oposición al análisis de contenido, fundado en la idea de que la significación es intrínseca a los elementos que componen los materiales a estudiar (textos, palabras, imágenes, etc.), Birdwhistell y Scheflen hablan de *análisis de contexto*. Emplean igualmente la expresión «método de la historia natural» para subrayar que su método se funda en la observación sistemática de datos recogidos de forma no obligatoria, en el medio natural, como en la etiología o la antropología. La idea básica, tal como

1. Cf. las páginas consagradas a Birdwhistell (en especial p. 74) y el texto titulado «La escena del cigarrillo» (p. 166).

la presenta Scheflen [291], es la de una jerarquía de niveles. Las unidades de un nivel dado se integran a la vez horizontalmente, en una «síntesis diacrónica» o procesual, y verticalmente, en una «síntesis sincrónica» de unidades cada vez mayores. Cada unidad no tiene significación más que en este *doble contexto*. Reconocemos aquí el método que ha fundado la lingüística descriptiva y la kinésica en particular. Aparentemente de una simplicidad si no de una banalidad poco prometedora de virtudes heurísticas, esta visión del análisis se revelará, sin embargo, muy fecunda. Permite a Scheflen salir del *impasse* en el que se había encerrado su trabajo anterior. El método no es ni subjetivo —es explicable y reproducible—, ni reduccionista, pues permite considerar el proceso global de una interacción.

En 1959, Scheflen invita a Filadelfia a Carl Whitaker y Thomas Malone, dos terapeutas conocidos por la eficacia de su método de tratamiento de la esquizofrenia. A menudo trabajan juntos y piden a los miembros de la familia que participen en las sesiones. En Filadelfia, Scheflen filma y graba sus entrevistas con una joven esquizofrénica y su madre. Durante casi diez años, Scheflen consagrará su vida a un estudio de la primera sesión, es decir, treinta minutos de película. Los resultados a los que llega completan los obtenidos por Birdwhistell en la «escena del cigarrillo». Este concentraba su atención en los fenómenos vocales y corporales que se desarrollan a lo largo de una frase e incluso de una palabra. Se trata, por ejemplo, de la puntuación al final de una frase por medio de una leve elevación de la cabeza acompañada de un breve salto en la línea melódica del flujo verbal. Scheflen trabaja a partir de unidades más largas, es decir extendidas al menos en varios segundos, el tiempo de pronunciar algunas frases. En un artículo de 1964 [285], propone distinguir tres niveles kinésicos y lexicales situados por debajo de la proposición: el *punto*, la *posición* y la *presentación*. El *punto* es la postura mantenida el tiempo necesario en la exposición o a la escucha de un «punto» en una discusión (algunos segundos). Cada punto está enmarcado por *marcadores* que puntuán las

fases del discurso. A partir de análisis preliminares efectuados sobre películas de sesiones psicoterapéuticas, Scheflen sugiere que el repertorio de un individuo se compone de tres a cinco puntos, que vuelven constantemente a aparecer en el curso de la interacción. Una serie de puntos se integran en una *posición*, es decir la postura general del cuerpo observada durante la exposición (o la escucha) de un punto de vista (algunos minutos). El paso de una posición a la otra implica al menos a la mitad del cuerpo. Por ejemplo, el terapeuta, arrellanado en su sillón, con los brazos y las piernas cruzados, en posición de escucha «pasiva», se endereza y coloca los codos sobre las rodillas, en posición de escucha «activa», dispuesto a tomar la palabra. Cada posición está, pues, igualmente encuadrada por marcadores kinésicos. Según Scheflen, cada interactuante posee un repertorio de dos a cuatro posiciones. El conjunto de su prestación en el curso de una interacción es su *presentación*. La interacción empieza y acaba mediante un desplazamiento completo en el espacio: el paciente entra y sale del consultorio del terapeuta, etc.

Scheflen pasa entonces a la puesta en relación de los participantes, principalmente en el nivel de las posiciones. Observa que dos o más interactuantes pueden adoptar posturas «congruentes», es decir idénticas (brazos cruzados, pierna izquierda cruzada sobre la derecha) o invertidas al modo de un objeto y su imagen en un espejo (brazos cruzados, pierna derecha cruzada sobre la izquierda). Si uno de los participantes cambia de posición, los demás miembros restablecen la congruencia. En un grupo se adoptan así con frecuencia dos posiciones generales. También puede ocurrir que un participante disocie su postura en dos mitades cada una de las cuales pertenece a una de las configuraciones. Estas congruencias posturales pueden aparecer entre participantes situados *vis-à-vis* (sobre todo hablando el uno al otro) o en *paralelo* (en especial escuchando a un tercero).¹

1. Hay que señalar que Scheflen asocia estas relaciones puramente exteriores con relaciones psicológicas que funcionan en el seno del grupo: alianzas y conflictos entre participantes, distinciones de estatuto, etc. En este boceto de interpretación, sin duda hay

En el análisis completo de la sesión entre los dos terapeutas, el paciente y su madre [291], Scheflen extrae, a partir de las posiciones, la organización del comportamiento interaccional de los cuatro participantes. La sesión aparece finalmente como una sucesión de períodos y de ciclos. Al cabo de un tiempo, los participantes parecen partir de cero y emprender el mismo «ballet», bailado según papeles complementarios o paralelos. Parecen actuar en función de una partitura invisible: Scheflen toma de nuevo la analogía de la orquesta para evocar su concepción de la comunicación.¹ Frases, puntos, posiciones y presentación corresponden respectivamente a las medidas, pasos, movimientos y a la composición total, mientras que las posturas individuales, complementarias y reciprocas corresponden a la ejecución instrumental individual, en armonía y en contrapunto. La orquestación total es la comunicación. Pero los músicos tocan sin partitura explícita: Scheflen vuelve a encontrar aquí el «código secreto y complicado» de Sapir.

En 1967, Scheflen abandona Filadelfia y se instala en el *Bronx State Hospital* de Nueva York, en la sección de terapia familiar. Inculcará a los terapeutas de la familia elementos de su visión de la comunicación, sobre todo tratando de hacerles salir de su concepción «pequeño burguesa» de la familia (cf. [292]). Por otra parte, emprende con Adam Kendon y el antropólogo Norman Ashcraft, un amplio estudio de la territorialidad humana. Su investigación de la estructura comunicacional de una interacción había hecho aparecer en ésta toda la complejidad de la dimensión *temporal*. La interacción había aparecido como una serie de secuencias y ciclos que parecían obedecer a un programa preciso. Transpuesta al orden *espacial*, la investigación encuentra de nuevo la idea de una es-

que ver aún al psiquiatra que duerme en Scheflen, así como el hecho de que se dirige a psiquiatras (el artículo de 1964 aparece en *Psychiatry*). En su trabajo definitivo de 1973 [291], Scheflen está mucho más próximo a una sintaxis pura, si bien las posiciones que distingue están etiquetadas según términos aún fuertemente interpretativos («protesta pasiva», «apelación y queja», etc.).

1. Cf. la cita, p. 24.

tructuración extremadamente precisa del espacio interpersonal, familiar, público, etc. Scheflen utilizará, pues, la idea de una jerarquía de niveles de análisis para de-construir el espacio como había de-construido el tiempo.

Trabajando en un gehtto del Bronx habitado principalmente por familias negras y puertoriqueñas, Scheflen y su equipo se proponen determinar sobre todo la utilización, culturalmente diferenciada, del espacio que proporciona el apartamento familiar. Piden a varias familias que permitan filmar durante veinticuatro horas seguidas con tres cámaras de vídeo, colocadas en la sala de estar, la cocina y el vestíbulo. Se preserva la intimidad: tras haber visionado las cintas, las familias pueden pedir la eliminación de toda secuencia no deseada. Además, a fin de restablecer el equilibrio del intercambio, Scheflen y sus colegas se esfuerzan para ayudar a los habitantes en sus altercados con la burocracia gubernamental. Participan también en la creación de un programa de psiquiatría comunitaria. Sin embargo, mientras que los primeros resultados son analizados y presentados en una revista científica [290], los investigadores deciden retirar las cámaras y detener toda recolección de datos sobre esta población socialmente desfavorecida. Adoptan la opinión de los dirigentes locales, según los cuales esas investigaciones no pueden servir más que para reforzar la buena conciencia de la clase media norteamericana en cuanto a la excelencia de su propia organización familiar... Partiendo entonces de películas filmadas en diversos lugares públicos de grandes ciudades norteamericanas y europeas, Scheflen y Ashcraft obtienen finalmente un conjunto de observaciones y sugerencias [6; 293], que muestran toda la riqueza del campo de la investigación en proxémica, abierto por Edward T. Hall a principios de los años sesenta.

En los últimos años de la década de 1970, Scheflen retorna al estudio de la esquizofrenia, a la que consagra una obra de síntesis (cf. [26]). Pero la enfermedad comienza a debilitarle. Tras un largo combate, se extingue en Nueva York en agosto de 1980, pocas semanas después de Bateson.

El trabajo en curso: Stuart Sigman y la tercera generación

Salvo el autor de estas líneas, sin duda nadie ha oído jamás hablar de Stuart Sigman en Europa... y son muy pocos los que conocen ya su nombre en Estados Unidos. Y con razón: nacido en 1955, apenas finalizado el doctorado en la *Annenberg School of Communications* de la universidad de Pennsylvania. Pero representa a un grupo de jóvenes investigadores que han tenido ocasión de trabajar, en esa universidad, bajo la dirección a la vez de Ray Birdwhistell, Erving Goffman y Dell Hymes. Sus trabajos de hoy representan sin duda ciertas direcciones de la investigación del mañana, y a tal título estudiamos aquí a un representante de la generación ascendente.

Las investigaciones de Sigman integran dos tipos de reflexión en el marco teórico propuesto por Birdwhistell: por una parte, ciertas preocupaciones comunes a la lingüística y a la antropología norteamericanas más contemporáneas, reunidas bajo el nombre de *etnografía de la comunicación*; y por otra, ciertos análisis de organizaciones complejas, tales como los que aparecen en la obra de Goffman.

A principios de los años sesenta, el antropólogo y lingüista Dell Hymes intenta constituir una nueva disciplina, que propone llamar «*etnografía de la comunicación*». En 1964, reúne con John Gumperz un conjunto de textos (en los que son de destacar las firmas de Erving Goffman y Edward T. Hall), que constituyen otros tantos elementos de un vasto programa en el que «la etnografía y no la lingüística, la comunicación y no el lenguaje, deben proporcionar el marco referencial en cuyo seno podrá definirse el lugar del lenguaje en la cultura y la sociedad» [182, p. 1]. Hymes se dirige así a sus colegas antropólogos que, según él, recogen de manera compleja una masa de datos sobre los ritos y mitos de una tribu, pero dan por conocidos, recibidos e invariables los modos de comunicación interpersonal. Por otra parte se dirige a los lingüistas generativistas, a los que pide que reflexionen sobre la idea de un «bebé chomskiano»: éste sería un monstruo, dice en sustancia, abocado a una muerte rápida, pues sería incapaz de utilizar las

reglas generativas transformacionales en el momento adecuado, el lugar oportuno y el interlocutor correcto. Al concepto de competencia lingüística es preciso añadir el de *competencia comunicativa*, aceptando la idea de que la realización del habla es el producto de unas reglas, tanto como el mismo lenguaje. Pero esas reglas son culturales y sociales. Para Hymes, hay pues una competencia a la realización [183]. Estas críticas y sugerencias de Hymes serán escuchadas.¹ En el curso de los años 1965-1975, numerosos antropólogos jóvenes presentan investigaciones en «etnografía de la comunicación» (cf. Bauman y Sherzer [24]).

Este retorno a una visión del lenguaje como actividad social y no como producto cognitivo puro no puede más que alegrar a quienes, como Birdwhistell, no han cesado de reflexionar con puntos de vista cercanos a esos. Pero a pesar del anuncio de una «etnografía de la comunicación» en la que la comunicación estaría constituida por un conjunto múltiple de canales y de códigos, lo que toma forma no es más que una «etnografía del habla», en la que una versión ampliada del modelo lingüístico de Jakobson ocupa el lugar principal. Lo que intentan los «birdwhistelianos», y entre ellos Sigman, es integrar su modelo de la comunicación a la etnografía de Hymes, a fin de aplicar a ésta su gran visión de los principios. Así, si Sigman no trata en su análisis más que del lenguaje, es con la conciencia de que estudia uno de los múltiples sistemas «infracomunicacionales» que, según Birdwhistell, constituyen la comunicación.

El estudio de Sigman presentado más adelante² constituye un análisis de las reglas que presiden la aparición de los temas de conversación en un asilo de ancianos, en tanto que esas

1. Esta presentación rápida hace aparecer a Hymes como el único motor de una vasta transformación que lleva a cabo hoy la lingüística norteamericana. Evidentemente, no estuvo solo en su esfuerzo, y se han creado varias corrientes en sociolingüística independientemente de él, pero por lo demás ocupa un lugar central en la nueva configuración del campo.

2. p. 266.

reglas sociolingüísticas son también las reglas que fundan el orden social de esta institución. Volvemos a encontrar aquí una preocupación de Goffman, que ha estudiado durante largo tiempo la organización de las «instituciones totalitarias». En *Asylums*,¹ Goffman trataba de discernir, a partir del estudio etnográfico de un hospital psiquiátrico en Washington, los rasgos principales de esas microsociedades «donde un gran número de individuos, colocados en la misma situación, apartados del mundo exterior durante un período relativamente largo, llevando juntos una vida reclusa cuyas modalidades están explícita y minuciosamente reglamentadas» [128, p. 41]. A partir de un análisis aparentemente anodino, fundado en varios meses de frecuentar cotidianamente de un establecimiento geriátrico, Sigman hace surgir la significación precisa de esta definición de institución totalitaria. El asilo de ancianos aparece como un lugar gobernado ante todo por la suave violencia del silencio...

Ahora hemos de dirigir nuestra atención hacia el propio Erving Goffman. A pesar de la multiplicidad de sus contactos profesionales y su posición de dirigente, Goffman sigue siendo un hombre solitario y un espíritu muy independiente. Lo mismo puede decirse de Edward T. Hall, otro miembro fundador de nuestra Universidad invisible. En el mundo universitario norteamericano, Goffman y Hall ocupan posiciones difficilmente localizables. Son, de alguna manera, francotiradores de la investigación.

III. DOS FRANCOTIRADORES DE LA INVESTIGACIÓN

El lenguaje del espacio: Edward T. Hall

«No toco a nadie y nadie me toca», decía con una voz ingenua la cantante Lio, en uno de sus éxitos veraniegos de 1980. A Edward T. Hall le gustaría sin duda este ejemplo de la

1. Trad. francesa: *Asiles* [128].

configuración cultural occidental, que quiere que cada uno de nosotros se mueva en el interior de una burbuja. La integridad física y moral de cada uno no está preservada más que en la medida en que las burbujas circulan cómodamente. Edward Hall ha consagrado al estudio de esta organización social del espacio entre los individuos una buena parte de su vida de antropólogo. Ha acuñado un término para designar ese nuevo dominio de las ciencias humanas: la *proxémica*.

Edward Hall se doctora en antropología por la universidad de Columbia (Nueva York) en 1942. Tiene entonces 28 años. A lo largo de sus estudios no permanece, ni mucho menos, encerrado en sus libros. Desde 1933 está «sobre el terreno» al sudoeste de Estados Unidos, donde participa en diversas expediciones arqueológicas y antropológicas. Así se familiariza con la culturas hopi y navajo, y, secundariamente, con la subcultura de los burócratas de la Oficina de asuntos indios, que no comprenden gran cosa de lo que ocurre a su alrededor. Esta experiencia de los contactos interculturales es sin duda crucial: a lo largo de su carrera, Hall estudiará el problema de los «choques culturales». Contrariamente a numerosos antropólogos de su generación, Hall no se especializará en el estudio del fenómeno provocado por la entrada en *contacto* de representantes de diferentes culturas, ya se trate de turistas japoneses que pasan dos días en Francia, ya de granjeros norteamericanos que trabajan desde hace dos generaciones al lado de sus homólogos mexicanos. Y contrariamente a la mayoría de sus colegas universitarios, Hall se dedicará a desmontar de manera muy clara, con la intención de llegar al público más amplio posible, los códigos de la comunicación intercultural.

Entre los códigos a los que consagrará más atención, hay que citar el que rige la división y utilización del espacio interpersonal. Pero hay otros, como por ejemplo el código de la gestión del tiempo, al que Hall consagrará una parte de su primera obra, *The Silent Language*, aparecida en 1959.¹

1. Trad. francesa: *le Langage silencieux* [148].

En ese libro, Hall combina dos tipos de experiencia.

Por una parte, en el curso de los años ha acumulado un conocimiento íntimo de un cierto tipo de culturas. Durante la Segunda Guerra mundial es oficial en un regimiento esencialmente compuesto por negros. Dirige a sus hombres en Europa y luego en las Filipinas, y observa sus difíciles contactos con las poblaciones locales. Después de la guerra, trabaja un año en el atolón micronesio de Truk como intermediario entre los indígenas y el mando militar norteamericano, y luego vuelve a Estados Unidos, donde comienza a enseñar. Pero no permanece mucho tiempo en el mismo lugar. A principios de los años cincuenta, le nombran director de un programa del *Foreign Service Institute* del Departamento de Estado, que consiste en familiarizar diplomáticos y cooperadores con las diferentes culturas en las que van a introducirse. Recorre entonces Europa, América latina y Oriente Medio para informarse de sus dificultades.

Por otra parte, junto a su formación de antropólogo, adquirida con Ralph Linton,¹ Edward Hall ha asimilado la visión teórica y metodológica del lingüista L. Trager, que trabaja como él en el *Foreign Service Institute*. Con otro lingüista, Henry Lee Smith, Trager trata de encontrar un método de investigación que valga tanto para otros métodos de comunicación como para el lenguaje. El principio básico —que funda el estructuralismo norteamericano— es el del doble funcionamiento de todo segmento separado por el análisis, a la vez unidad para el nivel superior y contexto para el nivel inferior. Así, en lingüística, el morfema es el contexto de las unidades del nivel «de debajo», los fonemas, y unidad de nivel «de arriba», las construcciones sintácticas. Como hemos visto, Trager invitará a Birdwhistell a concebir el estudio de la gestualidad sobre el mismo modelo. Con Hall, Trager se dedicará a un sistema de comunicación mucho más vasto: toda la cultura [317].

1. Ralph Linton ha publicado varias obras que tuvieron un importante impacto en toda una generación de antropólogos de los años cuarenta, para los que definió de forma clara los conceptos de *cultura*, *rol*, *estatuto*, etc. [213; 214].

Así, en *The Silent Language*, Hall utiliza sus múltiples experiencias de gran viajero y de muy buen observador para proponer una visión de la cultura como sistema de comunicación descomponible en tres niveles de complejidad. «Notas» (*isolates*) o «unidades indivisibles» constituyen «series» (*sets*). Notas y series se organizan según «esquemas» (*patterns*). Poco importan aquí los detalles conceptuales. Lo que es preciso señalar es que Hall, como todos los autores estudiados aquí, considera la cultura como un conjunto de *códigos* descomponibles y analizables. Toda interacción obedece a *reglas*, que el antropólogo debe hacer salir a la luz del día. No es pues sorprendente que Hall también emplee la analogía con la música para hacer comprender su visión del mundo social. Termina la introducción de *The Silent Language* con estas palabras:

La cultura puede compararse con la música. No se puede describir la música a alguien que no la ha escuchado jamás. Antes de la aparición de las partituras, la música se transmitía de manera informal, por imitación. El hombre no pudo explotar el potencial de la música hasta que comenzó a traducirla en signos. Hay que hacer lo mismo por lo que concierne a la cultura. Este libro es a la cultura lo que el método Rose es a la música. [148, p. 20].

Para Hall, la cultura es descifrable: sólo se necesita descubrir en ella poco a poco el «lenguaje silencioso». La frase de Sapir referida a los gestos acude de nuevo al espíritu: «Reaccionamos como si siguiéramos un código, secreto y complicado, que no está escrito en ninguna parte, no lo conoce nadie y todos lo entienden» [277, p. 46]. Hall además insistirá con frecuencia en el impacto que los trabajos de Sapir han tenido en su pensamiento.

En el curso de los años sesenta, Hall vuelve a la enseñanza y a la investigación sistemática. Se interesa muy en especial por esta «dimensión oculta» de la cultura que es la relación del hombre con el espacio. En 1966 publica *The Hidden Dimen-*

sion.¹ Hall utiliza en abundancia su propia experiencia, pero integra en ella elementos tomados de la literatura, la historia del arte y la zoología. Para Hall, cada cultura organiza el espacio de forma diferente a partir de un substrato animal idéntico, el «territorio». Hall propone así una escala de las distancias interpersonales. Considera cuatro distancias: intima, personal, social y pública. Cada una de ellas comporta dos modalidades: próxima y lejana. Las cuatro «burbujas» básicas constituyen cuatro territorios, que pertenecen tanto al hombre como al animal. Pero cada cultura humana ha definido de manera diferente la dimensión de las burbujas y las actividades que le son apropiadas. Así, por ejemplo, «la relación del campesino árabe o del *fellah* con su *sheik* o su Dios no es en absoluto pública sino, al contrario, íntima y personal, y no comporta ningún intermediario» [155, p. 159]. Es preciso señalar también que Hall no define sus burbujas únicamente midiéndolas en metros y centímetros, sino que la vista, el tacto, el oído y el olfato contribuyen al establecimiento de las distancias socialmente adecuadas [152; 157]. Hall comparte así la posición general de la Universidad invisible: la comunicación es un proceso de múltiples canales cuyos mensajes se refuerzan y controlan de manera permanente. No hay forma de no comunicarse. No es, pues, sorprendente saber que durante los años sesenta, mientras elaboraba la proxémica Hall permaneciera en contacto con Birdwhistell, Scheffren, Goffman, etc.

Junto al espacio «informal» de las interacciones sociales, Hall estudia la estructuración y la significación del espacio «de organización semifija», como los muebles y las puertas. Estos constituyen un ejemplo asombroso de la variación cultural de las significaciones otorgadas al espacio. Para un norteamericano, una puerta ha de estar abierta; para un alemán o un francés, ha de estar cerrada. Como dice Hall:

1. Trad. francesa: *la Dimension cachée* [155]. Para una síntesis, el lector se remitirá al artículo «Proxémica» reproducido en la presente obra (p. 198).

Ya se encuentre en su casa o en el despacho, un norteamericano está disponible en el momento en que su puerta está abierta. Se supone que no va a encerrarse, sino, al contrario, a estar constantemente a disposición de los demás. Se cierran las puertas solamente para las conferencias o las conversaciones privadas (...). En Alemania, la puerta cerrada no significa por ello que quien está detrás desee la tranquilidad o haga alguna cosa secreta. Simplemente, para los alemanes las puertas abiertas producen un efecto de desorden y desaliño. [155, p. 171 y 167].

Hall se dedica finalmente al «espacio de organización fija», como los edificios y las ciudades. Iniciada ya en *The Hidden Dimension*, su empresa de análisis crítico de la arquitectura y del urbanismo contemporáneos prosigue en sus obras siguientes, *The Fourth Dimension in Architecture* [158] y *Beyond Culture*.¹ Apoyándose en los ejemplos negativos de un Le Corbusier en Chandigarh (donde los indios han tapiado las galerías sin columnas para transformarlas en cocinas) y los ejemplos positivos de un Sivadon en el hospital psiquiátrico de La Verrière, en Seine-et-Oise (donde los pasillos, anchos y poco profundos, permiten evitar la creación de efectos de captura o de pérdida), Hall contesta a la pretensión de universalidad de quienes tienen el poder de disponer a su gusto el espacio ajeno.

Después de haber formado diplomáticos en el curso de los años sesenta Hall enseña a psiquiatras de la *Washington School of Psychiatry*, arquitectos del *Illinois Institute of Technology* y antropólogos de la *Northwestern University*. En 1978 se retiró con su esposa a Santa Fe, en Nuevo México, donde ha encontrado de nuevo los paisajes ocres y azules de su juventud, donde el espacio parece infinito.

La gramática de la vida cotidiana: Erving Goffman

Para poner al día las reglas culturales que rigen nuestra sociedad, Edward Hall trabaja mediante comparaciones con

1. Trad. francesa: *Au-delà de la culture* [159].

otras sociedades: dado tal artefacto cultural (la puerta del apartamento), ¿cómo lo utilizan los miembros de la cultura A y de la cultura B? ¿Qué significaciones le atribuyen? ¿Qué puede deducirse con respecto a modelos y códigos culturales?



Un pequeño ejercicio de proxémica.

También Goffman trata de sacar a la luz las normas sociales que rigen la vida cotidiana. Pero procede por rupturas y fracturas en el seno de nuestra sociedad, no por yuxtaposición de culturas. Observa a los disminuidos (*Stigmates* [130]) y los internados (*Asiles* [128]) para extraer las características del orden social entre los «normales». Observa los pasos en falso, las meteduras de pata, los lapsus linguae de los actores que somos todos (*The Presentation of Self in Everyday Life*, [126, 133], *Interaction Ritual* [131]) para extraer las reglas constitutivas de la interacción social «adecuada».

Pero sería falso reducir a Goffman a esos pocos rasgos.¹ Toda afirmación demasiado tajante que se le atribuya, puede ser desmentida en seguida por un ejemplo que la refuta. Así se le describe a menudo como un marginal de la investigación, que no respeta ni las teorías ni los métodos sociológicos en vigor (cf. [176, p. 65-66]), pero también se le puede considerar como un investigador tradicional, cuyo pensamiento se remonta a William James y los métodos de Robert Park. Presentado como un hombre muy secreto, e incluso misterioso,² abre sin embargo todos sus archivos a sus estudiantes del tercer ciclo y no les niega jamás una entrevista. Sólo que esa entrevista no podrá ser publicada como tal: Goffman no quiere correr el riesgo de ser atrapado por los medios de comunicación.³ Queda por decir que sus obras se publican en colecciones de bolsillo, y que dos de ellas presentan en la portada el comentario de un crítico neoyorquino: «Uno de los más grandes escritores vivos de hoy»... ¿Dónde está entonces el verdadero Goffman? Tanto el hombre como su pensamiento son difíciles de comprender, y la presentación esbozada aquí será necesariamente incompleta.

Nacido en 1922, en una familia de la burguesía media del Canadá anglófono, Erving Goffman pasa una juventud aparentemente sin historia.⁴ Inicia estudios de sociología en la universidad de Toronto, donde le impresionan dos profesores en particular: C. W. M. Hart, que le inicia en el conocimiento de

1. Por razones que no se explican bien, Goffman sólo ha sido comentado en Francia a través de su primer libro, aparecido en 1956, *Presentation of Self in everyday Life* [126], cuando después de éste han aparecido otros ocho libros. Se le ha confinado en el «análisis dramatúrgico» o el «interacciónismo simbólico». Su última obra, *Frame Analysis* [134], es totalmente ignorada en Francia, a pesar de que renueva la sociología cognitiva.

2. «El más enigmático de nuestros profesores», se ha podido leer incluso en 1980 en *Almanach*, una pequeña revista interna destinada al personal de la universidad de Pennsylvania, la institución donde trabaja Goffman.

3. Esta es la razón por la que la presente obra no contiene una entrevista con él. Sin embargo, respondió a todas mis preguntas con una infinita gentileza durante una discusión sin orden ni concierto en abril de 1980.

4. Cabe señalar que contrariamente a Gregory Bateson, Edward T. Hall o Ray Birdwhistell, Erving Goffman no utiliza jamás elementos autobiográficos en sus análisis. Como ocurre con Paul Watzlawick, los ejemplos y los elementos empíricos provienen de otras fuentes: encuestas, estudios de casos, literatura, etc.

Durkheim y Radcliffe-Brown, y R. Birdwhistell, del que ya hemos dicho cómo hacía comprender a sus estudiantes, por medio de demostraciones con gestos, que el comportamiento gestual es un producto social y culturalmente diferenciado, como el lenguaje. En 1945 sale de la universidad de Toronto y entra en la de Chicago, donde obtiene la licenciatura y el doctorado en sociología (en 1949 y 1953, respectivamente). Su tesis de doctorado, titulada *Communication Conduct on an Island Community*,¹ trata de dar forma a una teoría sociológica de la comunicación interpersonal. De modo muy significativo, esta tesis se abre con una larga cita del sociólogo alemán Georg Simmel, quien, desde principios del siglo XX, había planteado las bases de lo que medio siglo después se llamaría la «microsociología». Goffman retoma especialmente las siguientes proposiciones, en las que se inscribe la justificación teórica de toda su obra:

Confinarnos al estudio de las formaciones sociales de gran dimensión se asemeja a la antigua anatomía, que se limitaba a los órganos mayores, bien definidos, tales como el corazón, el hígado, los pulmones y el estómago, y que descuidaba los innumerables tejidos, sin nombre científico o desconocidos. Sin embargo, sin éstos, los órganos más evidentes no podrían jamás constituir un organismo vivo. Sobre la única base de las formaciones sociales mayores —el objeto de estudio tradicional de las ciencias sociales—, sería similarmente imposible reconstituir la vida real de la sociedad tal como la encontramos en nuestra experiencia cotidiana (...).

Que las personas se miren o se envidien, que intercambien cartas o cenen juntas (...), toda la gama de las relaciones que se ponen en juego entre una persona y otra, momentáneas o permanentes, conscientes o inconscientes, efimeras o gravemente consecuentes, (...) une sin cesar a los hombres. Las interacciones son los átomos de la sociedad, fundamentan toda la dureza y toda la elasticidad, todo el color y toda la uniformidad

1. *La conducta de comunicación en una comunidad insular* (no publicada).

de la vida social, que nos resulta tan evidente y sin embargo tan misteriosa.¹

Para Goffman, las interacciones sociales constituyen la trama de un cierto nivel del orden social, porque se fundan en reglas y normas al igual que las grandes instituciones, tales como la familia, el Estado, la Iglesia, etc. Pero esas interacciones parecen tan banales, tan «naturales», tanto a los actores sociales que las «representan» como al observador que las estudia, que sólo algunos casos extraordinarios, muy ritualizados, como los matrimonios o los entierros, retienen habitualmente la atención. Pues bien, en los encuentros más cotidianos se libran los envites sociales más ricos en enseñanzas.

Goffman se esforzará en observar estas interacciones cotidianas durante su estancia de un año en una de las islas Shetland, al norte de Escocia. Se presenta como un estudiante norteamericano que quiere adquirir una experiencia de primera mano sobre el sistema económico de la isla. Así pudo viajar por la isla, conversar con los granjeros, los pescadores o los notables, participar en todos los pequeños acontecimientos que constituyen la vida cotidiana. Se aloja en el único hotel- restaurante del pueblo y visita las cocinas.

De hecho, tanto en sus métodos de trabajo (llamados «etnográficos») como en su reflexión teórica sobre la interacción, Goffman es un representante típico de esa corriente de la sociología norteamericana que se ha llamado «Escuela de Chicago».

El departamento de sociología y antropología de la universidad de Chicago, nació con ésta, cuando fue creada en 1892 por John D. Rockefeller.² Una personalidad muy fuerte, William I. Thomas, dio rápidamente al joven departamento sólidos cimientos. En 1916 contrató a un antiguo periodista, Robert Park, que poseía además un doctorado en sociología por la universidad de Heidelberg. Park estaba fascinado por la vida

1. Este extracto proviene de la obra de Kurt Wolff, *The Sociology of Georg Simmel* [339, p. 9-10].

2. Sobre la historia intelectual del departamento de sociología de Chicago, cf. [105].

urbana, de la que Chicago ofrecía en aquella época un ejemplo especialmente sobrecogedor, por su ritmo de rápido crecimiento, sus inmigrantes de todas las nacionalidades y sus truhanes, entre ellos el famoso Al Capone. Park lanzó a sus estudiantes «sobre el terreno», a fin de que mediante entrevistas, observaciones y trazados cartográficos recogieran materiales de primera mano. Este método de recogida de informaciones, el *fieldwork*, es sin duda una de las principales características de la «Escuela de Chicago» y Goffman es un ejemplo típico. Esta manera de trabajar fue reforzada aún más en los años cuarenta y cincuenta por Lloyd Warner, un antropólogo que se especializó en los «estudios de comunidades» (*community studies*), es decir, en el análisis minucioso de pequeñas ciudades norteamericanas [320]. Aunque los departamentos de sociología y antropología se separaron en 1924, los estudiantes siguen a menudo cursos en una y otra disciplina. Así vemos como el sociólogo Goffman asistía a los cursos del antropólogo Everett Hughes. Este es el heredero espiritual de Park y uno de los principales mentores de Goffman. Si sabemos que Park había seguido los cursos de Georg Simmel en Berlín, a principios de siglo, convirtiéndose en su paladín en Estados Unidos, no es sorprendente ver que la tesis de doctorado de Goffman se abre con una cita de Simmel.¹

Al lado de los trabajos de «ecología urbana», que dieron celebridad al departamento de sociología de Chicago en los años veinte y treinta (más de veinte obras en veinte años han sido producidas por profesores y estudiantes del departamento), se afirmó progresivamente otra tradición, que ha recibido *a posteriori* el nombre de «interaccionismo simbólico» [243]. Este término trata de sintetizar la idea fundamental de un grupo de pensadores norteamericanos, a la vez filósofos, psicólogos y sociólogos, a cuya cabeza cabe citar a George-Herbert Mead. Mead, que dio en la universidad un curso de «psicología social avanzada» durante el primer cuarto del si-

1. Sobre la evolución del papel del pensamiento de Simmel en la sociología norteamericana, cf. [210].

glo XX, no escribió jamás un solo libro. Su obra más célebre, aparecida en 1934, tres años después de su muerte, se constituyó a partir de notas: *Mind, Self and Society* [238]. Apoyándose en los trabajos de sus colegas y amigos John Dewey y Charles Cooley, propuso una teoría de la formación social del «yo mismo» (*Self*), como instancia en la que el individuo toma conciencia de sí mismo situándose en los diversos puntos de vista de los miembros de su grupo (como en un juego de roles). Detrás de esta idea se encuentra el psicólogo y filósofo William James, quien escribía en 1890: «un hombre tiene tantos "yoes sociales" cuantos grupos de personas cuya opinión le importa» [189].

Presentation of Self in Everyday Life,¹ la primera obra de Erving Goffman, no es pues una obra herética o revolucionaria. Tomando de nuevo los datos ya presentados en su doctorado, Goffman prosigue la elaboración de conceptos familiares a los «interaccionistas simbólicos»: yo mismo (*Self*), interacción, rol, etc. Lo mismo ocurrirá en sus obras posteriores. Así, *Asylums* [128],² que es su segunda obra importante, intenta reconstituir el mundo tal como lo vive un enfermo mental encerrado en un asilo psiquiátrico. En *Stigma*,³ el universo del disminuido físico es objeto de una descripción «desde el interior». Puede reconocerse aquí la marca de los estudiantes de Everett Hughes, cada uno de los cuales intenta describir la experiencia subjetiva de un grupo social al margen: taxistas, músicos de jazz, vagabundos, etc. En cada caso, los investigadores intentaban meterse en la piel de los miembros del grupo. Así, cuando Goffman emprende el estudio del mundo de los asilos, en 1955-1956, pasa un año en el inmenso hospital psiquiátrico St. Elizabeth, en Washington. No lleva ni la bata blanca del personal médico, ni el manojo de llaves en

1. Trad. francesa: *la Mise en scène de la vie quotidienne*, t. I (*la Présentation de soi*) [126].

2. Trad. francesa: *Asiles* [128]. La presentación de Robert Castel proporciona un enfoque en profundidad del alcance de la obra, pero sin insertarla en la tradición sociológica de la que ha salido.

3. Trad. francesa: *Stigmates* [130].

forma de aspa del personal de mantenimiento. A los ojos de los enfermos, con los que comparte sus comidas, juega a las cartas y charla, puede aparecer como uno de los suyos; a los ojos del personal, no es más que un ayudante del director de actividades deportivas, que realiza un estudio de la vida comunitaria y recreativa de los enfermos.¹ Para otros estudios, que tratan sobre el mundo del jugador, se convirtió en director de una mesa de juego en un casino de Las Vegas.² Finalmente, cuando estudia el mundo diario de la gente, como en *Behavior in Public Places*³ y *Relations in Public*,⁴ se contenta con observar su propio universo cotidiano, practicando en él a veces rupturas a la manera de los estudiantes de Harold Garfinkel.⁵ Así, Goffman habría utilizado la siguiente estrategia⁶ para observar la «figuración» (*face-work*), es decir «todo lo que intenta una persona para que sus acciones no hagan quedar mal a nadie (comprendida ella misma)» [131, p. 15]: entra en una cantina y se sienta a una mesa en la que un empleado ha dejado su refrigerio mientras va en busca de una taza de café; Goffman toma la comida como si se tratara de la suya y empieza a comer con la mayor naturalidad del mundo; el empleado vuelve y descubre la escena; desconcertado, no se atreve a formular al desconocido la pregunta estúpida: «¿No se ha equivocado de

1. Goffman proporciona estos detalles en un artículo poco conocido, titulado «Interpersonal Persuasion» [125]. Se trata de la transcripción de una conferencia pronunciada por Goffman en 1956 ante un público en su mayoría formado por psiquiatras, con motivo de la «tercera conferencia sobre los procesos de grupo» organizada por la Fundación Macy, evocada ya a propósito de Bateson y Birdwhistell. Goffman desencadenó la cólera de los psiquiatras, que se rebelaron contra la descripción del hospital psiquiátrico como «institución totalitaria».

2. Goffman prepara actualmente un estudio sistemático del mundo del juego. Fragmentos de investigaciones anteriores sobre el juego se encuentran en [130 y 132].

3. Un extracto de esta obra se presenta en las págs. 266-277.

4. Trad. francesa: *La Mise en scène de la vie quotidienne*, t. II (*Les Relations en public*) [133].

5. Garfinkel es el guía de la corriente «etnometodológica» norteamericana, una de cuyas finalidades es la de-construcción del «dado por hecho» (*taken for granted*) de la vida cotidiana. En una experiencia célebre, sus estudiantes debían comportarse de una manera excesivamente cortés con los miembros de su familia, a fin de observar sus reacciones (cf. Garfinkel [118, p. 35-37]).

6. Esta anécdota se transmite de generación en generación de estudiantes en la universidad de Pennsylvania. Así pues, hay que tomarla con prudencia...

comida?» Y Goffman observa, como quien no quiere la cosa, cómo una persona queda mal o no...

Si Goffman se inserta estrechamente en la tradición teórica y metodológica de la Escuela de Chicago, no es menos cierto que en cada una de sus obras se aleja de su formación básica para poner en relación el interaccionismo simbólico con otro enfoque teórico. El resultado es una serie de objetos nuevos, que podrían tratar en profundidad subdisciplinas originales. En *The Presentation of Self* [126], combina la visión teórica heredada de Simmel, Park y Hughes, con la metáfora teatral utilizada por el crítico y filósofo norteamericano Kenneth Burke [56; 57; 58]. Este se propone desmontar la «retórica general» que es la vida cotidiana considerando el comportamiento social de todo individuo como el de un actor en escena. Como en el teatro, es preciso que nuestros gestos «parezcan verdaderos». Bajo este punto de vista, Goffman aborda de nuevo el análisis meadiano. Pero el *análisis dramatúrgico*, como se llamará a esta realización de Goffman (y en la que se le encerrará), no es para él más que un modo de enfoque, como dice en la última página de su trabajo:

Es preciso abandonar aquí el lenguaje y la máscara del teatro. Después de todo, los andamios no sirven más que para construir otras cosas, y no deberían levantarse si no se tiene la intención de demolerlos. Este informe no se refiere a los aspectos del teatro que se insinúan progresivamente en la vida cotidiana. Su objeto propio no es otro que la estructura de los encuentros sociales, de esas entidades de la vida social que se engendran cada vez que los individuos se encuentran en presencia inmediata unos de otros [126, p. 240].

Goffman volverá a ocuparse de este tema del encuentro cara a cara en varias obras, pero hace variar el ángulo de ataque. En *Strategic Interaction* [132], trata de formalizar los códigos de la interacción a la manera de John von Neumann y Oskar Morgenstern en *Theory of Games and Economic Behavior* [250]. Estos autores han tratado de describir en térmi-

nos matemáticos el comportamiento del jugador que dispone de un número finito de soluciones posibles. Así, en el póquer, el jugador dispone a partir de sus cinco cartas de 2.598.960 posibilidades [250, p. 187]. Análogamente, el actor social que participa en una interacción dispone de un cierto número de posibilidades (parada frontal, escapatoria progresiva, etc.), que utilizará en función de la situación. Como von Neumann y Morgenstern, Goffman llama *estrategia* a los aspectos de la interacción que pueden ser previstos, calculados, controlados. Pero, una vez más, ese vocabulario no tiene para él más que una virtud heurística: «los andamios no sirven más que para construir otras cosas».

En su última obra importante, *Frame Analysis* [134], parte del texto de Bateson «The Message “This is the Play”» [13], en el que éste describe cómo dos nutrias del zoo de San Francisco definen por sí mismas los límites del juego y del combate, de la realidad y de la ilusión (cf. p. [37]), y trata de describir así cómo se organiza la experiencia subjetiva de cada uno, cómo se construye la «realidad» del mundo. A partir de los conceptos de *llave* y *marco* (que sirven para regular, en el sentido de «ajuste», la realidad de la situación, vuelve a encontrar ciertos temas de la fenomenología, pero no penetra en ellos. Se aproxima, de hecho, a la obra de Paul Watzlawick *How Real is Real?* [325], que también se propone reanudar con un vocabulario no filosófico la reflexión secular sobre la alegoría de la Caverna.

En la actualidad, Goffman aborda de nuevo el análisis de la interacción, sobre todo de la conversación, a partir de los conceptos de la teoría de los actos del discurso, llamada todavía *pragmática*. El marco de referencia se ha movido una vez más... y seguirá haciéndolo.

Así pues, es posible considerar a Goffman como un verdadero investigador. Después de ir varios años en una dirección, parte de nuevo en otra, dejando tras él una multitud de críticos y comentaristas desconcertados. Este rasgo se encuentra también en su trayectoria universitaria. Después del doctorado, trabaja algunos años en la universidad de Chicago, y después

en el *National Institute of Mental Health*, donde escribe *Asiles*. Contratado por la universidad de California, en Berkeley, llega a ser progresivamente el maestro de pensamiento de la generación más joven de sociólogos californianos. Pero, fatigado por la perpetua agitación estudiantil en el campus, abandona Berkeley en 1968 para instalarse en la universidad de Pennsylvania, donde le garantizan que no deberá enseñar más que aquello que deseé. También puede consagrarse totalmente a la investigación. Si se protege de las invasiones intempestivas, Goffman no deja de estar presente de una manera extraordinaria en el campo científico. Todo el mundo le conoce y le envía sus publicaciones... que él lee atentamente, comenta y distribuye a su alrededor. En algunos minutos, puede restituir así el estado de progreso conceptual, los fallos metodológicos, las pistas a seguir en tal o cual dominio de la investigación: comunicación no verbal, análisis conversacional, etnografía del habla, etc. Cuando participa en un congreso, interviene con frecuencia de un modo muy prevenido. Cuando dirige un doctorado, a veces comprende con más rapidez que el estudiante las intenciones de éste...

Una vez dicho esto, uno puede preguntarse en qué comparte Goffman el modelo orquestal de la comunicación. Es con seguridad uno de los miembros de la Universidad invisible. Viejo amigo de Ray Birdwhistell, quien le presenta al grupo de Margaret Mead y Gregory Bateson a través de las conferencias de la Fundación Macy sobre los procesos de grupo, mantiene un contacto regular, a través de intercambios de publicaciones y de visitas, con Edward T. Hall y Albert Scheflen. ¿Pero cuál es su visión de la comunicación?

A primera vista, conserva un punto de vista clásico. En el prefacio de *Strategic Interaction* [132], escribe, entre otras cosas, que «la ampliación del concepto de comunicación ha prestado un dudoso servicio (a las ciencias sociales)» y declara que quiere conservar la acepción estrecha del término. Pero si Goffman no utiliza el término en su sentido ampliado, como lo hacen los demás miembros de la Universidad invisible, conserva el espíritu. En su obra, los actores sociales participan en

un sistema en el que todo comportamiento libera una información socialmente pertinente. Todo gesto, toda mirada, todo silencio se integra en una semiótica general. Con Birdwhistell, Goffman dirá: «*nothing never happens*» (no ocurre jamás que no ocurra nada). Siempre sucede algo en la escena de la presentación de uno mismo. Como Bateson y Watzlawick dirá aún: «Incluso si un individuo puede dejar de hablar, no puede dejar de comunicarse mediante el lenguaje del cuerpo. Puede hablar a propósito o no, pero no puede realmente no decir nada.»¹

Tanto para Goffman como para los demás autores presentados aquí, el comportamiento está regido por un conjunto de códigos y de sistemas de reglas. Existe una sintaxis, una semántica y una pragmática del comportamiento; el comportamiento es, así, el fundamento de un sistema general de comunicación. Goffman hablará así de las «relaciones sintácticas que unen las acciones de diversas personas mutuamente en presencia» [131, p. 8]. Toda interacción se desarrolla siguiendo un sistema de reglas. Scheflen habla del «programa» de una interacción (cf. p. 145-157). Hall describe «cadenas de acción» [159]. Watzlawick y sus colegas desarrollan el concepto de «cálculo» de la comunicación interpersonal [327, p. 34-38], mientras que Jackson concibe la familia como un sistema regido por reglas. Para cada uno de estos autores, el azar o la expresión personal no se encuentran donde se les espera; una partitura invisible orquesta los encuentros «fortuitos», los intercambios «espontáneos», las conversaciones «banales». Dejando de lado la falsa disputa de saber si hace psicología o sociología, Goffman resume su posición con las palabras: «no los hombres y sus momentos, sino más bien los momentos y sus hombres» [131, p. 8].

En otros términos, mientras que la visión espontánea de las cosas tiende a considerar que los individuos viven sus interacciones en función de su naturaleza, su temperamento, su humor, del momento, etc. —en una palabra, en función de fac-

1. Frase extraída del texto de Goffman reproducido más adelante, p. 287.

tores esencialmente personales—, Goffman considera que esas interacciones tienen sus propias reglas, exteriores a los individuos, que no pueden más que seguir las si quieren que se les continúe considerando como personas normales.

Decir que toda situación social posee una realidad *sui generis*, es reafirmar el más fundamental de los preceptos durkheimianos; es también abrir un campo nuevo a la sociología.

3. CONEXIONES Y ABERTURAS: ¿HACIA UNA CIENCIA DE LA COMUNICACIÓN?

En esta tercera y última sección, nuestro trabajo consiste en insertar esquemáticamente la obra de los miembros de la Universidad invisible en un contexto intelectual mucho más amplio que el de Estados Unidos en los años cincuenta y sesenta. Si el modelo orquestal de la comunicación se ha desarrollado explícitamente como reacción contra el modelo telegráfico de Shannon, no es menos cierto que las fuentes de la reflexión de Bateson, Birdwhistell o Hall, al igual que la analogía de la orquesta, no les pertenece.¹ Sin que ellos mis-

1. En un trabajo más profundo, habría que empezar oponiéndoles las diferentes utilizaciones estructuralistas de las analogías del telégrafo y de la orquesta (o de la música), que aparecen, entre otros, en Saussure [281, p. 36], Lévi-Strauss (a lo largo de *Mythologiques* se entabla una relación entre mito y estructura musical) y Leach [205]. Sperber utiliza de nuevo la imagen del telégrafo para oponer estructura de código y estructura de red [304, p. 72-73]; quiere mostrar así cómo el estructuralismo considera los sistemas socioculturales según el modelo telegráfico, es decir, como si código y red tuvieran una lógica propia. Cuando Leach compara la ejecución del ritual con una orquestación [205, p. 43-45], completa a Sperber (que utiliza el ritual de la cortesía como ejemplo de sistema de comunicación no telegráfico) y se adhiere al modelo orquestal de la comunicación propuesto por los autores estudiados aquí. En Saussure, como en los chomskianos Katz y Postal [194], la analogía con la sinfonía se da para evocar el habla accidental (la realización). Solamente en Leach y nuestros autores la orquesta obtiene una dimensión social. El sujeto hablante participa en la comunicación (en el ritual) como el músico participa en la ejecución orquestal. Lévi Strauss considera menos el juego de la orquesta que la música, menos el ritual que el mito, menos el habla que la lengua. El trabajo iniciado aquí consiste en sugerir que el habla merece al menos tanta atención como la lengua.

La nueva comunicación

mos sean siempre perfectamente conscientes, su pensamiento se integra en la corriente estructuralista (*sensu lato*) que domina la reflexión en las ciencias humanas hace medio siglo.

Pero en seguida se imponen unas precisiones. Digamos, de una forma breve y caricaturesca, que las disensiones son claras en la gran familia estructuralista. Los norteamericanos admiran (en secreto) y desprecian (en voz alta) a sus primos europeos, a los que consideran como intelectuales pretenciosos demasiado parlanchines. Por su parte, los europeos no quieren reconocer como primos suyos a esos patanes del otro lado del Atlántico, que no dejan de arrastrar sus trastos por «terrenos» enlodados. Sin embargo, los signos de parentesco son indudables. Por no tomar más que aquel que nos interesa ante todo: el vasto proyecto de una ciencia de la comunicación no ha dejado de obsesionarlos a todos. Durante mucho tiempo, las iniciativas europeas han emergido solas, sobre todo a través de las proposiciones de Claude Lévi-Strauss. Pues bien, desde hace algunos años, el proyecto europeo parece en punto muerto, sin duda aplastado bajo el peso de su propia ambición. ¿No podría imaginarse entonces que las ideas de los primos norteamericanos que han trabajado mucho sobre el tema pudieran dar nueva vida a la empresa? Para recurrir a una segunda metáfora, igualmente excesiva, se querría evocar la vieja historia de las vides americanas, importadas por Europa, que a fines del siglo XIX sirvieron para relanzar la viticultura francesa devastada por la filoxera...

Consideremos este párrafo:

Todo comportamiento cultural tiene su origen en hombres que no solamente se escuchan, hablan y se comunican entre ellos por medio de palabras, sino que también utilizan todos sus sentidos, de forma igualmente sistemática, para ver y proyectar lo que ven en formas concretas —diseño, costumbre, arquitectura— y para comunicarse a través de la percepción mutua de imágenes visuales; para gustar, sentir y estructurar sus capacidades de gustar y sentir, de tal manera que la cocina tradicional de un pueblo puede ser tan distintiva y organizada como un lenguaje.

Conexiones y aberturas: ¿hacia una ciencia de la comunicación?

Este párrafo fue escrito por Margaret Mead en 1953 [242, p. 16]. Resume la posición de los autores estudiados aquí: todo dominio sometido al aprendizaje cultural resalta en la comunicación. Ahora bien, este párrafo no deja de recordar ciertas proposiciones francesas escritas en la misma época, en especial las de Claude Lévi-Strauss:

Nos vemos conducidos a preguntarnos si diversos aspectos de la vida social (comprendidos el arte y la religión) —de los que ya sabemos que su estudio puede ayudarse con los métodos y nociones tomados en préstamo de la lingüística— no consisten en fenómenos cuya naturaleza se acerca a la del lenguaje. [206, p. 71].

Lévi-Strauss llega así a considerar las reglas del parentesco del lenguaje y de los intercambios económicos como modalidades (o niveles) de un fenómeno de comunicación. Plantea entonces las posibles relaciones entre antropología social, ciencia económica y lingüística, evocando la teoría de los juegos de von Neumann y Morgenstern [250] y la teoría de la información de Shannon y Weaver [297], y sugiere que estas disciplinas «se asociarán un día para fundar una disciplina común que será la ciencia de la comunicación» [206, p. 329].

Quince años más tarde, Roman Jakobson toma las sugerencias de Lévi-Strauss y, relacionándolas con las declaraciones más antiguas de Sapir sobre la comunicación, propone una tripartición del estudio de los mensajes bajo la forma de tres círculos concéntricos [188, capítulos I y III]. El círculo más estrecho es el de la lingüística, «cuyo dominio de investigación se limita a la comunicación de los mensajes verbales»; el círculo siguiente es el de la semiótica, «como estudio de la comunicación de toda clase de mensajes»; el tercer círculo es el de una «ciencia integrada de la comunicación que abarca la antropología social, la sociología y la economía» [188, p. 93].

Una decena de años después de Jakobson, Umberto Eco intenta elaborar una primera teoría global de la semiótica [91], de la que propone una definición muy vasta: la semiótica es

una teoría general de la cultura. La cultura, para Eco, debe estudiarse como un «fenómeno de comunicación fundado en sistemas de significación» [91, p. 22]. La semiótica se convertía así en un sustituto de la antropología cultural.

A principios de los años sesenta, poco antes de la explosión de las investigaciones semióticas en Europa, un coloquio reúne a sesenta investigadores en ciencias humanas en la *Indiana University*. Las jornadas se consagran a la kinésica y la paralingüística en sus relaciones con la psiquiatría, la enseñanza de las lenguas y la antropología cultural. En la discusión final, Margaret Mead propone el término *semiotics* para hablar del «estudio de todas las modalidades de comunicación estructurada» (*patterned communication in all modalities*). Birdwhistell sugiere conservar simplemente la palabra «communication». Pero *semiotics* prevalece: los actos del coloquio tendrán esa nueva palabra por título, y sabido es el éxito que ha tenido. En su prefacio, Thomas Sebeok, Alfred Hayes y Mary Catherine Bateson justifican su elección en estos términos:

Queremos subrayar el contexto interaccional y comunicacional del uso de los signos por el hombre y la manera en que éstos se organizan en sistemas transaccionales que integran visión, audición, tacto, olfato y gusto. [298, p. 5].

Es ésta una definición de la comunicación que compartirían fácilmente todos los miembros de la Universidad invisible estudiada.

La evocación de estas diferentes tentativas programáticas permite extraer tres constataciones. En primer lugar, puede verse que entre las proposiciones de Lévi-Strauss, que fundan el estructuralismo europeo contemporáneo, y la tentativa de Eco para extraer una teoría integrada de la semiótica, hay un evidente parentesco. Ha transcurrido un cuarto de siglo entre estas dos reflexiones, y muchos de los términos utilizados han cambiado, pero la visión sigue siendo la misma. Se trata de concebir fenómenos culturales aparentemente muy diferentes como sistemas de mensajes o de signos. El lenguaje sigue

siendo el sistema de referencia y la lingüística el método de investigación fundamental.

A continuación aparece un parentesco próximo entre el pensamiento norteamericano y el francés. Con demasiada frecuencia, los antropólogos y lingüistas norteamericanos han sido inmovilizados en estereotipos que han impedido ver que sus trabajos estaban, de hecho, muy próximos a los de sus colegas europeos. Así, Margaret Mead recibía la definición de «culturalista», y todo estaba dicho: medio siglo de investigación quedaba evacuado de ese modo. Pero al recorrer la compleja red que va de Mead a Boas pasando por Sapir, puede comprenderse, por una parte, cómo su proposición de 1953 sobre la cocina como sistema organizado a la manera de un lenguaje la aproxima a Lévi-Strauss (quien, a su vez, halla parte de su inspiración en la lingüística estructural norteamericana) y por otra parte cómo su definición de la «semiótica» tiene una relación con la de Eco.

Finalmente, pueden comprenderse mucho mejor las relaciones entre esos momentos diferentes y distintos espacios del pensamiento contemporáneo —y Jakobson, que es un testigo privilegiado de la evolución de las ciencias humanas en el curso del siglo XX, no deja de hacerlo— si se insiste en una concepción ampliada de la comunicación. «Concepto unificador» (la expresión es de Lévi-Strauss), la *communication* se encuentra en la base de cada uno de los vastos programas interdisciplinarios evocados aquí.

Vemos pues cómo se establece una fuerte relación entre los proyectos de inspiración estructuralista de una ciencia de la comunicación (o de una semiótica general) y los de la Universidad invisible. Para cada uno de los miembros de ésta, se trata de partir no de la naturaleza psicológica de los individuos sino de los *sistemas* en los que se insertan: interacciones, familia, instituciones, grupos, sociedad, cultura. Esos sistemas funcionan según una lógica que puede formularse mediante *reglas*, a la manera de las reglas constitutivas del lenguaje. Así, Watzlawick hablará de un cálculo del comportamiento, Scheflen de programa y Goffman de gramática. Estos sistemas se conci-

ben igualmente según un modelo jerárquico, si bien todo elemento es siempre intercalado e intercalante. Ya se trate de los Tipos Lógicos de Bateson, de los niveles de Birdwhistell o de los marcos de Goffman y Watzlawick, encontramos en cada concepto la idea de *contexto*, único capaz de dar sentido a los elementos que se inscriben en él.

Si el modelo orquestal de la comunicación que los investigadores norteamericanos proponen puede constituir una aportación muy rica al proyecto de una ciencia de la comunicación, es a la vez porque comparte muchas de las premisas teóricas del estructuralismo y porque se sitúa fuera de los hábitos de pensamiento europeos.

A este respecto, hay que subrayar un punto particularmente importante. El estructuralismo europeo ha reflexionado con mucha frecuencia a partir de la oposición saussuriana entre lengua y habla, y parece haber desarrollado casi exclusivamente una lingüística de la *lengua*, descuidando la segunda ruta de la que hablaba Saussure [281, p. 38], el de la lingüística del *habla*. Así, por decirlo de una manera rápida y brutal, los análisis se han desarrollado con mucha más facilidad y abundancia por el lado de la lengua y los códigos que le serían asimilables, tales como los sistemas de parentesco, que por el lado de la actividad de los sujetos hablantes. De la misma manera que Saussure trataba la lengua como un sistema que posee sus propias reglas, los investigadores que se han inspirado en él han intentado trabajar con sistemas relativamente cerrados y autónomos. En el caso de una necesaria inserción del sistema en la cotidaneidad, el método pasa por la constitución de un *corpus* que permite cerrar el sistema. Por ejemplo, un célebre análisis semiológico de la moda considerada como un sistema análogo al ofrecido por la lengua se ha efectuado sobre la base de los catálogos de moda, no sobre la base de los vestidos llevados efectivamente, los cuales habrían podido considerarse como otros tantos actos de «habla» (Barthes, *Système de la mode*, 10).

Ahora bien, los investigadores reunidos aquí pueden, reemplazando la oposición saussuriana en un marco teórico nuevo,

contribuir a la elaboración de esta otra lingüística. Ante todo, al definir la comunicación como «la realización (*perfomance*) de las estructuras culturales» (Scheflen), hacen estallar la oposición entre la lengua esencial y el habla accidental. Su investigación no se centra ni en la lengua ni en el habla, sino en la comunicación, que es *a la vez* lengua y habla, competencia y ejecución. A continuación, al concebir la lengua como una *actividad*, y no como el producto de una actividad, abren la vía a una lingüística de terreno, que podría denominarse una lingüística del habla. Pero esta lingüística sería ante todo una sociolingüística, ya que el habla es considerada por nuestros autores como una actividad social. Sería además una pragmática, pues el habla —lo hemos repetido a porfia— no es más que uno de los múltiples modos de comunicación que la interacción opera. Finalmente, al insistir en el trabajo de terreno y el trabajo clínico, los investigadores abordan de otro modo sus materiales. Para ellos, una frase, un gesto, un silencio en una entrevista en vivo proporcionan una medida totalmente distinta de la complejidad de los problemas que una proposición analizada en la pizarra. Por ello participarán de buen grado en la elaboración de esta «ciencia social de lo observado» de que hablaba Lévi-Strauss a propósito de la obra de Marcel Mauss.

Este recorrido muy rápido muestra cómo la reflexión sobre la comunicación llevada a cabo por algunos investigadores norteamericanos puede abrir la vía a una renovación del programa saussuriano en particular y el programa estructuralista en general. En los trabajos aparentemente cándidos y apacibles de Bateson, Birdwhistell, Watzlawick y algunos más, hay una enorme reserva de ideas creadoras e innovadoras. Estas páginas han abierto una primera brecha. Al lector corresponde introducirse en ella y ensanchar la abertura.